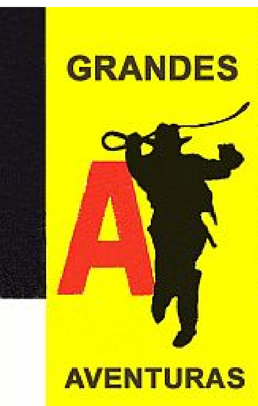
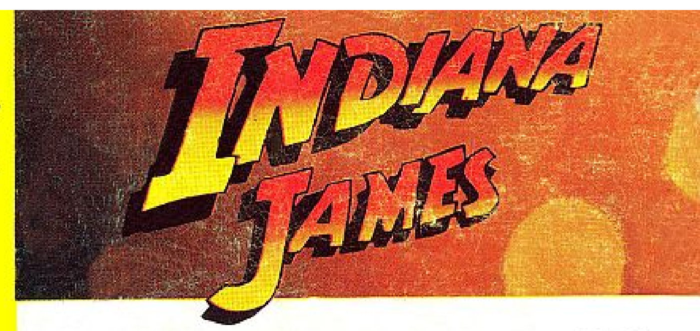




¿AVENTURERO O ESCRITOR?

—Conocí a Thelma Tapper en la playa de Malibú estaba haciendo el «muerto» sobre el mar, aunque un par de grandes y «vitales» razones, sobresalían del agua. En cuanto que se hizo su primer movimiento, me lance sobre ella, dispuesto a rescatarla y hacerle una buena sesión de respiración boca a boca.

Media hora después, cuando estuve seguro de que no iba a perder la vida, pude darme cuenta de que tenía ojos azules, unas piernas perfectamente torneadas y una abundante cabellera rubia. Después, me presenté:

—Indiana James, escritor. —Siempre he sido un poco tímido, y he tenido miedo a decir que mi auténtica profesión es aventurero. Por eso cometí mi primer error.



Indiana James

¿Aventurero o escritor?

Bolsilibros - Indiana James - 34

ePub r1.0
LDS 16.05.18

Título original: *¿Aventurero o escritor?*
Indiana James, 1987
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

Capítulo primero

—Conocí a Thelma Tapper en la playa de Malibú estaba haciendo el «muerto» sobre el mar, aunque un par de grandes y «vitales» razones, sobresalían del agua. En cuanto que se hizo su primer movimiento, me lance sobre ella, dispuesto a rescatarla y hacerle una buena sesión de respiración boca a boca.

Media hora después, cuando estuve seguro de que no iba a perder la vida, pude darme cuenta de que tenía ojos azules, unas piernas perfectamente torneadas y una abundante cabellera rubia. Después, me presenté:

—Indiana James, escritor. —Siempre he sido un poco tímido, y he tenido miedo a decir que mi auténtica profesión es aventurero. Por eso cometí mi primer error.

Al oír mi profesión los increíbles ojos azules de la chica se agrandaron hasta ocupar el espacio de dos lunas llenas.

—¿Escritor? ¡Yo también! Vaya casualidad. ¿Qué escribes?

—Cosas autobiográficas de aventuras…

—¡Ah, bueno! —dijo como si aquello no tuviera mérito—. Lo difícil es imaginar aventuras…

—También puedo hacerlo —protesté muy ofendido—. Un buen escritor hace lo que le piden.

—Eres un ángel caído del cielo —dijo abrazándome a mí y dejando entender que no le desagradaría una nueva sesión de ejercicios respiratorios.

—¿Por qué soy un ángel? —pregunté intrigado.

—Podíamos ir a mi casa, y te lo cuento con más tranquilidad…

Estaba en los Ángeles sin domicilio, así que me pareció una buena idea. Thelma vivía en una casita de madera, muy sencilla, en primera línea de mar. Mientras íbamos hacia allí, le conté mi vida:

que venía de la otra punta del mundo, que me jugaba la vida por tres centavos, que me había enfrentado a todos los peligros imaginables (todo esto lo contaba para impresionarla), que estaba en Los Ángeles sin nada especial que hacer (a lo que ella sonrió con placer)…

Mi nueva amistad parecía prometer infinitas noches de pasión.

La vivienda solo constaba de un dormitorio, un diminuto baño y un comedor separado de la cocina por una barra. Toda la casa estaba abarrotada de libros. Miles y miles de novelas de todo tipo, policiacas, de ciencia-ficción, de aventuras, de espionaje, de amor, del oeste…

Ella se introdujo en el dormitorio y corrió la cortina que hacía las veces de puerta, mientras yo husmeaba por los estantes. Al poco rato oí su voz entre el ruido de unas prendas de tela cayendo al suelo.

—¿Puedes venir un momento?

¡Claro que podía! ¡Era lo que estaba esperando! Estuve a punto de arrancar las cortinas con mis prisas.

Ella estaba sobre la cama con unos pantalones cortos y una camisa anudada bajo los senos.

Me sonrió y dijo:

—¡Sorpresa! —Y, antes de terminar y de que yo pudiera lanzarme encima de ella, apartó una sábana que había en la mesilla, y dejó al descubierto una vieja máquina de escribir, pero no lo suficientemente vieja como para ser considerada antigüedad…

No sabía qué decir, así que sonreí con aire un tanto estúpido.

—Sí, una bonita sorpresa. ¡Bonita de verdad! ¡Muy bonita, sí señor! Una máquina como las que siempre he soñado… —mentí descaradamente.

Saltó de la cama y se enroscó a mi cuello.

—Si no me has engañado, si de verdad eres escritor, necesito que me ayudes.

—Claro que sí. ¿De qué se trata?

—Me han encargado una novela policiaca… ambientada en los años treinta… de detective solitario y cínico, del que no se sabe el nombre… Tú dices que puedes escribir de todo… Sólo tienen que ser setenta folios…

—¿Sólo? Eso está hecho… —dije con aire de quitarle

importancia, aunque me sentía atrapado en una trampa.

Antes de que hubiera podido decir nada más, Thelma había dejado la máquina sobre la mesa del comedor, junto a un montón de folios, papeles de calco…

Me encontré sentado ante la máquina de escribir, mientras ella gritaba desde la cocina:

—¿Café?

—Sí pero… —protesté—. ¿Por qué no la escribes tú?

—Bueno… lo mío es la ciencia-ficción y las románticas… Me costaría mucho escribir ésta, y además ambientada en otra época…

Sí, vistas así las cosas, no era un trabajo fácil.

Como si hubiera podido leer mis pensamientos, se acercó a mí, me rodeó con los brazos, acariciándome el pecho con las manos, mordisqueándome la oreja, y diciéndome…

—Cuando la terminemos de escribir, podemos gastarnos el dinero en las Bahamas, en un hotel de lujo…

Aparté la máquina y dije:

—Esto puede esperar hasta mañana. Ahora después de cenar tú y yo…

—No. Tiene que estar acabada mañana a primera hora. Se cobra contra entrega.

No tenía tiempo que perder. Me froté las manos y me enfrenté con el primer folio en blanco.

Me gustan las cosas claras. Precisamente por eso me puse, a trabajar de detective. Y aquel caso no estaba nada de claro. Estaba tan oscuro como la declaración de hacienda de Capone.

Como principio, no estaba mal. Juegos de palabras, frases cortas… podía salirme una buena novela policiaca.

El jefe me había dado un encargo de doce clientes. ¡Doce! Más que una lista, aquello parecía la guía de teléfonos de New York.

Unas gotitas de humor…

—Ponte en contacto con ellos; te explicarán lo que desean mucho mejor que yo.

—Si tengo que hablar con los doce antes de empezar a trabajar, tardaré una semana en estar enterado del asunto. Dígame quiénes son los que llevan la voz cantante.

El jefe, con un manotazo, recuperó la lista que confiaba haber perdido para siempre y marcó tres nombres: Tob

O’Hara, Dino Ricobenne y Paul Reynolds.

—Éstos son los únicos que abrieron el pico. Entrevístate con ellos y ponte a trabajar.

Salí a la calle, paré un taxi y le indiqué la dirección del primero de ellos: Tob O’Hara.

Vivía en Long Island, en una mansión de tres plantas capaz de albergar a todos los miembros del Senado, y aún le quedarían unas cuantas docenas de habitaciones libres. En el cuidado jardín que rodeaba a la casa, podrían alimentarse durante un año todos los rebaños de vacas de Arkansas, y creo que me quedo corto. Todo aquello estaba rodeado por una verja metálica, de hierro forjado y, en la puerta principal, un par de hombres me espiaban desde atrás de una garita de ladrillo.

Aquella descripción me había quedado «jugosa».

Pagué al taxista, me acerqué a los «porteros» y les dije quién era y a qué venía. Uno de ellos descolgó el teléfono y, tras recibir el visto bueno, me permitieron pasar y me llevaron en coche hasta la casa.

Al pie de las escaleras me esperaba Tob O’Hara, era tal y como me lo había imaginado: uno de esos corpulentos irlandeses de pelo rojizo y piel blanca y pecosa, que te hacen pensar en un bebé sobrealimentado.

Me estrechó la mano sin dar muestras de su fortaleza: era tímido.

Me gustaba cómo me estaba quedando el tipo… tenía color y personalidad.

Comenzó a hablar sin mirarme a los ojos.

—Usted dirá…

—Soy detective… Tengo entendido que me necesitan…

Asintió desganadamente con la cabeza, como si no le gustara confesarlo delante de desconocidos, y después me invitó a entrar. Me llevó hasta su despacho sin abrir la boca. ¡Qué despacho! Entre sus cuatro paredes podría celebrarse la final de la liga de base ball.

Cuando llegamos ante la mesa, yo estaba cansado de caminar.

Me senté en uno de los cómodos sillones de cuero, esperando que me contara su vida.

—Queremos que nos ayude a librarnos de Simpson. Ya sabe quién le digo, el de los caballos.

No sabía quién era, pero asentí. No conviene desmoralizar a los clientes en la primera entrevista.

Con esta frase demostraba la dureza y astucia del detective. ¡Muy bien, Indy! ¡Vas por buen camino! ¡Esto promete!

—Este tipo va a acabar con todos los que nos dedicamos honradamente al negocio de las carreras de caballos. El controla las apuestas y eso le ha dado mucho dinero. ¡Demasiado! Y lo está invirtiendo en comprar *jockeys*, preparadores, mozos de caballerizas, periodistas…

—Comprar… en el mal sentido de la palabra. —Apunté yo.

—Por supuesto, por supuesto… Nunca sabemos si el *jockey* que hemos contratado para una carrera, nos va a obedecer a nosotros o a Simpson. ¡Es una plaga! —¿Cómo quieren que les libre de él?

Tartamudeó un poco antes de empezar a hablar: era evidente que no se encontraba a gusto.

—Sería mejor que se lo explique Reynolds. Él fue quien tuvo la idea del plan… —contestó mirando a la lámpara del techo.

—Me interesa su opinión —contraataqué.

—Le han… le hemos tendido una trampa. En las carreras de pasado mañana Simpson va a apostar dinero, mucho dinero, convencido de que «*Black Jack*», uno de sus caballos, va a ganar el Derby. Nosotros vamos a impedírselo. ¡Es la única manera de derrotarlo: hacer que se quede sin dinero!

—Entonces… ¿Para qué me necesitan?

Por una vez, contestó rápido:

—Tenemos miedo de su reacción: no va a poder hacer nada para impedir que ganemos… pero después…

—¿Quieren que sea su guardaespaldas? ¿¿DE LOS DOCE??

—No, por supuesto que no. Nos ocuparemos de nuestra propia seguridad, pero sabemos que intentará algo contra nosotros. La misión de usted será reunir todas las pruebas que demuestren su culpabilidad.

Respiré aliviado. No me seducía la idea de tener que custodiar a doce personas que vivían en doce puntos distintos de New York. Le

expliqué que no tenía que preocuparse de nada, que me convertiría en la sombra de Simpson y que, cuando lo necesitasen, inundaría a sus abogados con todo tipo de pruebas y testigos de cargo. Pareció contento al oírme hablar. Me despedí y, desde la caseta de la entrada, solicité un taxi.

Mientras iba hacia el domicilio de Ricobenne, en el bajo Manhattan, decidí hacerme una composición de lugar; O'Hara me había parecido un rico industrial que se había metido a «jugar a caballitos», y ahora, cuando tenía que enfrentarse con la Mafia, se asustaba. Estaba seguro de que si hubiera podido, se habría vuelto atrás, abandonado sus animales, y vuelto a la producción de tejidos, acero o cualquier cosa que fuese su negocio.

Las señas de Dino Ricobenne correspondían a una casa en el corazón de «Little Italy», el barrio italiano de Manhattan.

Él taxi me dejó delante de un edificio de tres plantas, con una escalera estrecha y maloliente, unos descansillos llenos de ruidos y niños correteando, y con un penetrante olor a pescado frito que inundaba toda la casa.

En el portal, dos guardaespaldas me cachearon, y me acompañaron hasta el primer piso.

Dino Ricobenne me esperaba en la puerta. Alguno de aquellos críos debía de haberle avisado de que venía en su búsqueda.

Todo el lujo clásico de la mansión de O'Hara, estaba convertido aquí, en ostentación y mal gusto; las paredes se hallaban decoradas con cuadros de mujeres desnudas, las ventanas cubiertas por cortinas de terciopelos rojos y verdes en su tonalidad más chillona. Y el dueño hacía honor a su casa: cada una de sus manos debía de pesar diez kilos, a juzgar por la gran cantidad de anillos que forraban sus dedos, como un guante de oro.

Gracias a la descripción de sus joyas, lo estaba convirtiendo en nuevo rico, pero tenía que cargar aún más las tintas.

—Pase, pase… —me dijo con una sonrisa que me enseñó el muestrario de orfebrería que escondía bajo los carrillos.

Me acompañó, también, hasta un despacho, pero éste era más parecido a un cuarto trastero que a otra cosa. Mientras tanto no cesaba de hablar y gesticular. Yo veía, maravillado la facilidad con

que conseguía mover las manos a pesar de su «lastre».

Una vez sentado ante él, me deslumbró con un sujetacorbatas de oro, botones de oro, gemelos de oro… ¡Lo único que no tenía de oro, era el corazón! Lo descubrí en cuanto que abrió la boca:

—No le necesito. Ya les dije a mis socios, que no hacía falta acudir a ninguna agencia de detectives: tengo unos amigos que, por unos pocos dólares, nos hubieran «solucionado», quitado el «Problema Simpson».

Sonreí heladamente y repliqué:

—Todos tenemos que ganamos la vida…

Me explicó nuevamente el plan para dejar a Simpson sin un centavo.

Pero todo lo que en
O'Hara
eran vacilaciones. Ricobenne lo comentaba como si se tratase de una chiquillada, de un capricho de sus «socios», como él los llamaba.

—¿De quién es el caballo que va a derrotar a Simpson? —le pregunté a bocajarro, mientras hablaba.

La sonrisa se borró de su rostro, y yo me quedé privado de la exhibición de su muestrario de joyería.

—Es un caballo de… mejor que no sepa el nombre: en New York los secretos vuelan, y no me gustaría llevarme una desagradable sorpresa.

Por la forma en que había desaparecido su sonrisa, deduje que él no era propietario del animal, aunque iba a apostarle mucho dinero.

—¿Tanto perjudica Simpson a sus negocios? —pregunté con ironía.

Aquel lobo, se recubrió de piel de cordero, sonrió sin enseñar el oro y dijo con voz de monjita misionera:

—No, no lo hacemos por eso… pero usted tiene que pensar que hay mucha gente honrada, pequeños trabajadores que confían en ganar unos dólares, y que les resulta casi imposible, al estar amañados los resultados.

¡Todo corazón! Le dije que comprendía sus altruistas razones y me levanté dando por terminada la entrevista.
£1
hizo lo mismo, mientras añadía:

—¡Si hace un buen trabajo, sabremos recompensarle! Con Simpson fuera del mapa, podremos ganar mucho dinero. ¡Honradamente, por supuesto! Lo único que necesitamos es que lo atrape con las manos en la masa. Por cierto… ¿Usa usted pistola?

Asentí con la cabeza. Volví a dejar que me diera la mano, que me propinara una nueva sesión de palmaditas en el hombro, y que me enseñara de nuevo su joyería bucal.

Salí a la calle y me sorprendí al comprobar que era la una del mediodía, así que, en vez de dirigirme a casa de Reynolds y caer como un invitado gorrón, decidí acercarme a Moe's, un restaurante poco conocido, pero que me inspiraba toda la confianza del mundo.

Elegí el menú en pocos segundos; de primero potaje de carne, de segundo carne con patatas y de postre, *pudding* de chocolate.

Tengo que acordarme de decir que nos encontramos en los años 30…

El camarero tuvo la delicadeza de sacarme una botellita de excelente vino blanco de uvas californianas, servido dentro de una horrible pero salvadora botella de limonada.

¡Hasta en los lugares conocidos teníamos que ponernos a custodio de los celosos guardianes voluntarios de la «ley seca»!

¡Perfecto! Con una frase, ya está explicado.

Después, salí a la calle y me dirigí a casa de Reynolds dando un ligero paseo.

CAPÍTULO II

Conforme los folios iban saliendo de la máquina de escribir, las tazas de café iban apareciendo a mi lado y unas manos invisibles vaciaban mi cenicero de colillas. Había empezado la novela sin saber muy bien lo que iba a contar, pero un argumento iba perfilándose en mi mente. Iba a terminar de presentar a los sospechosos y después haría que…

Paul Reynolds vivía en la Quinta Avenida, esquina a la calle 40: un sitio en el que se necesitaba mucho peso en la cartera para poder vivir. Paul Reynolds era muy diferente a sus dos socios: me estrechó la mano con energía y franqueza, mirándome a los ojos. Todo lo contrario de O’Hara. Y vestía de una forma completamente diferente a Ricobenne: zapatos de ante, camisa de seda, perfume francés y traje de chaleco de Tessati’s, de impecable corte.

Le puse al corriente de mi charla con sus otros socios y le pedí que me explicara su versión.

Se acomodó en su sillón, unió las yemas de los dedos y comenzó a hablar, sin dudar en una frase, ni en una palabra.

—Un grupo de propietarios de cuadras de caballos, modestos propietarios, hemos decidido unir nuestros esfuerzos para plantar cara a la mafia de Simpson. Supongo que estará al corriente de quiénes somos.

Le dije que sí, y le mostré el papel.

—Perfecto. Es la nota de mi puño y letra, que entregué a su jefe. ¿Qué es, exactamente, lo que desea saber? —me preguntó yendo

directamente al nudo de la cuestión.

Necesitaba poner algún dato de erudición en la novela. Me estaba quedando demasiado impersonal. Quizá revelar algún secreto que el lector no sepa, algo sobre las trampas en las carreras de caballos… Me acordé de una historia que me habían contado cuando era niño…

—¿Cómo piensan plantarle cara? —respondí con toda celeridad.

—Nos ha costado encontrar una fórmula que nos conviniera a todos, ya que nuestros intereses y nuestros gustos son bastante diferentes. Pero, al fin, hemos optado por golpear a Simpson donde más le duele: la cartera. Hemos tenido conocimiento de que preparaba una gran jugada para pasado mañana… ¿Entiende usted de carreras de caballos?

Me pareció que si le engañaba me perdería una amena explicación, así que le confesé que no sabía una palabra del asunto.

—Está bien, le haré un pequeño resumen de lo que pretendía Simpson: uno de los trucos más habituales y fáciles para hacer trampas, es sacar a correr a un buen caballo y hacerle galopar por debajo de sus posibilidades. Cuando el animal ha participado en cuatro o cinco pruebas y no ha tenido buenos resultados, nadie arriesga un centavo apostando por él, Es lo que llamamos un «tapado».

Decidí terminar su explicación:

—Así que, cuando las apuestas están más bajas, se juega fuerte a su favor y ese día se le deja correr sin trabas.

—Exactamente. Veo que comprende la situación —dijo escuetamente—. Nos hemos enterado de que «alguien» está apostando sumas muy fuertes a favor de «*Black Jack*», un caballo de una cuadra controlada por Simpson, que prometía mucho pero que nunca llegó a clasificarse entre los cinco primeros de ninguna carrera de las que ha participado. Es su «tapado» y va a destaparlo en la próxima carrera. Si conseguimos que no gane, habremos dejado a Simpson en la ruina.

—¿Cómo van a impedirle vencer?

—Hemos traído a uno de los mejores caballos de Canadá: «Scarface».

—Eso no es suficiente: Simpson puede ordenar que le corten el cuello, o que le rompan las patas…

—Da la casualidad de que yo tengo un caballo con ese mismo nombre, un caballo viejo y muy malo. De tal forma que cuando lo he inscrito en el Gran Derby de pasado mañana, nadie apostará nada por él, y en su lugar correrá el «bólido» canadiense. La inscripción es perfectamente legal. Y el único que puede salir perjudicado por ese cambio es Connie Simpson. —Me explicó sonriendo con satisfacción.

—Puede sobornar a su *jockey*… —apunté yo.

—No será fácil. El jinete que va a montar a «Scarface» ha llegado esta mañana procedente de Francia, y está alojado en una de mis mansiones. ¡Alojado e incomunicado! Es un *jockey* verdaderamente extraordinario: Jacques Ponty. Le hemos ofrecido un contrato de fábula: cien mil dólares si gana la carrera. Y absolutamente nada si la pierde.

Reynolds se había preocupado personalmente de tener atados todos los cabos de la jugada. Empezaba a pensar que él era el cerebro gris de la «Operación Simpson».

Eran las siete de la tarde y el calor no había descendido ni un solo grado. Thelma estaba comenzando a preparar la cena y con el calor de la cocina se había quitado la ropa y llevaba sólo un «bi», porque, desde luego, «aquello» tan pequeño no llegaba ni a «bikini». Sugerí parar de escribir y descansar un rato. Me dio la espalda y se alejó hacia el dormitorio diciendo; «Después… después…».

—Me ha dicho que mi trabajo consistirá en atrapar a Simpson «in fraganti» cuando intente devolverles el golpe… ¿Por qué no han acudido a la policía? —pregunté con malicia.

—Muy fácil: los policías cobran poco y, por tanto, son fácilmente corrompibles. Además necesitamos a alguien que sea completamente irreprochable. Su agencia de detectives, cumple ambas condiciones: son honrados fuera de toda duda, y también son terriblemente caros.

Esto último lo dijo con una sonrisa franca y abierta. Reynolds era de esas personas que no les importa gastar mucho dinero si obtienen lo que desean. Exactamente lo que desean.

—Pienso que ustedes están manteniendo una postura muy caballerosa, desinteresada y honrada, al limpiar un deporte que… —comencé a decir.

Me cortó con un gesto de la mano, sin dejar de sonreír.

—No siga, ya le comprendo… Mis socios le han hablado de nosotros como si fuéramos una especie de vengadores justicieros. Y eso no es cierto. También nuestros bolsillos se van a beneficiar cuando Connie Simpson desaparezca del mundo de las carreras de caballos. No quiero engañarle y darle una falsa imagen. Hoy el público está retrayéndose de apostar en las carreras. Todos conocen las trampas que se cometen y los apostadores empiezan a guardarse los dólares en sus bolsillos. ¡Eso nos perjudica! El día en que las carreras de caballos sean una cosa limpia, miles de dólares volverán a las manos de los recaudadores de apuestas.

Era lo que necesitaba oír para confiar en Reynolds. Si este tipo me hubiera vuelto a repetir la «batallita» de la lucha por la Ley y el Orden, hubiera pensado que estaba metiéndome entre una lucha de mafias enfrentadas. Pero Reynolds parecía no tener ningún as guardado en la manga. Estaba intentando ser sincero.

—¿No tiene miedo de que yo no sea capaz de neutralizar el golpe de Simpson? —le pregunté.

—Sí, tenemos miedo. Y si nos hemos unido todos, ha sido justamente para infundimos valor. Quizá así consigamos que Simpson se abstenga de represalias. Si la jugada de «Scarface» fuera obra de uno solo… ¡Podría considerarse hombre muerto!

Tenía razón, mucha razón. Pero yo estaba convencido de que la trampa la había preparado él: el caballo era suyo, el *jockey* estaba en una de sus mansiones… ¡Y era el único con la suficiente cabeza y coraje como para llevarla a cabo! Pero también era lo bastante listo como para presentarlo como un trabajo de equipo y, así, quedar camuflado entre el grupo.

Di por terminada la visita y me puse de pie.

—¿Le veré pasado mañana en las carreras? —me preguntó.

—Por supuesto: es mi obligación.

Sonrió antes de contestarme:

—Entonces le aconsejo que guarde unos nombres en la memoria: «Spy Ace» en la primera carrera, «Brahaman» en la segunda y «Lucky *Lady*» en la tercera. Puede ganar algún dinero, sobre todo en la tercera.

—¿En qué carrera participará «Scarface»?

—En la quinta, por eso no le he dicho el ganador de la cuarta, Pretendo que en ese momento esté muy atento al paddock, el lugar

donde se muestran los caballos de la siguiente prueba —bromeó.

La doncella me acompañó hasta la puerta y salí a la calle con la sensación de que no era necesario que me entrevistara con nadie más. Pero, por otra parte, aquellos nueve nombres de la lista con los que no había contactado, me remordían en mi conciencia profesional. Entre ellos podía aguardarme alguna sorpresa. Algún «tapado». Así que me dirigí a la comisaría del distrito 57. Allí tenía un amigo, el detective Phil Thomas, que me había sacado de dudas en varias ocasiones.

Era un día tranquilo y mi amigo bajó conmigo a los archivos: un lugar viejo, mohoso, despintado y con olor a humedad, en el que los oxidados archivadores guardaban todos los secretos que la policía sabía sobre los habitantes de New York.

Con gran paciencia mi amigo el detective Thomas, fue consultando los nombres de la lista: todos estaban más limpios de actos delictivos que el agua del río Potomac. Todos menos uno: Chris Collins, que había tenido el desliz de cometer una infracción de tráfico.

—Creo que tus clientes son gente honrada —sentenció Thomas —. Y me parece que me he ganado una invitación a cenar.

—Mírame otro: Dino Ricobenne. —Dije sin hacer caso a su indicación.

Si aquél estaba limpio, podía decirse que las Hermanitas de la Caridad eran las encargadas de mantener al día los ficheros de la policía.

—Limpio como una patena —me contestó Thomas.

Murmuré una excusa para no tener que invitar a Thomas a cenar, no tenía humor para estar escuchando, sus repetidas quejas sobre el escaso de su sueldo, los peligros en que vivía y el poco reconocimiento social que obtenía de su trabajo.

Al día siguiente tendría que acudir a consultar otra de mis fuentes habituales de información, aunque en este caso era bastante más de fiar.

CAPÍTULO III

Thelma se había tendido a leer sobre la cama, tras dejarme un sandwich al alcance de la mano. Había dicho «Buenas Noches» y corrido la cortina. Pero no lo suficiente.

Desde donde yo estaba podía ver sus muslos sobre las sábanas…

¿QUE DIABLOS ESTABA HACIENDO YO ABRAZADO A LA MAQUINA DE ESCRIBIR?

—Thelmaaaa… —balé como un corderito.

—Después, cariño, después…

Nada más levantarme, a la mañana siguiente, me entretuve en reflexionar sobre el caso que me habían asignado.

Había un buen puñado de cosas que no me gustaban en aquel asunto. En primer lugar estaba Connie Simpson. ¿Era él quien controlaba la Mafia? ¿Era el hombre de paja de un «Capo» más importante? Y mis clientes… ¿Eran tan honrados como querían parecer? ¿Era Ricobenne el hombre de la «Cosa Nostra»? ¿Y los demás? ¿Actuaban en nombre propio o de otras personas? Desgraciadamente no tenía tiempo de investigarlos.

Desayuné un ligero zumo de pomelo, me duché y, tras vestirme, salí a la calle.

En el primer quiosco que hallé abierto, compré la edición matinal del Daily, y consulté las páginas de deportes, concretamente las dos páginas que el periódico dedicaba a la hípica.

El reportero que firmaba la sección era Fredy Massler, una «Enciclopedia» en materia de caballos y que era mi informador.

Era una persona extraña: soltero, solitario, cínico, sin amigos íntimos, pero con más conocidos que el presidente de los Estados Unidos. Cualquiera que pretendiera algo del mundo de los caballos, no tenía más remedio que hacerse amigo de Fredy, o, por lo menos,

fingirlo.

Si no habían cambiado sus costumbres, Fredy se alimentaba únicamente de cigarrillos malolientes, un agua teñida de marrón que él llamaba café, y frecuentes tragos de una botella de Bourbon Old Forester que, gracias a la «ley seca», se veía en la obligación de tener escondida en un cajón.

¡Ah! Y estaba bastante enemistado con los peines, las maquinillas de afeitar y las planchas de ropa.

Su despacho en el Daily era lo primero que se enseñaba a los jóvenes que se incorporaban a la redacción.

—¿Veis esta jungla de papel? —Solía decirles la redactora-jefe —. Pues no me importa que vuestras mesas se parezcan a esto, siempre y cuando escribáis artículos tan buenos como Fredy.

Y era verdad; Fredy había realizado algunas de las crónicas más memorables de la historia de la ciudad. Durante varios años había estado en la sección de política municipal y había conseguido hacer temblar desde el alcalde hasta el auxiliar adjunto al suplente del conserje.

Un buen día, Fredy había pedido que le cambiasen a la sección de deportes.

Sus crónicas pronto alcanzaron la misma notoriedad que habían logrado en política municipal, y eran una constante denuncia de trampas, chantajes, cohechos, etc., etc.

En los últimos meses Connie Simpson, se había convertido en su «blanco» favorito y no existía palabra, gesto o declaración del propietario de cuadras, que no tuviera un rápido y mordaz contrapunto en las páginas de Fredy. Si Simpson hablaba de que había que «sanear» el mundo de la hípica, Fredy le replicaba que probase con el suicidio. Si Simpson solicitaba ayuda municipal a los Deportes, Fredy contraatacaba solicitando una campaña de desratización, como primera medida.

Desde que Fredy había emprendido su guerra particular contra Simpson había sufrido dos atentados. Y yo no creo en las casualidades.

Un buen día, seis meses atrás, su coche se había quedado sin frenos cuando descendía por una de las grandes avenidas de New York. Por suerte, a él no le había sucedido nada.

Tres meses después, mientras se hallaba en el hipódromo a sólo

un par de palcos de Connie Simpson, su apartamento había ardido por los cuatro costados. Nadie sabía cómo se había producido el fuego, aunque todos nos lo imaginamos.

Pero Fredy no cesó en sus denuncias. ¡Ése era mi amigo!

Thelma puso, muy bajita, la TV. Era un programa de video-clips y ella comenzó a tararear y contonearse al ritmo de la música… Un sudor comenzó a recorrer mi frente…

El portero del Daily me saludó afectuosamente cuando me reconoció. Subí en el viejo y renqueante ascensor, rodeado del indefinible olor, mezcla de tintas, tabaco y papel, que hay en toda redacción.

Thelma se levantó de la cama, se acercó a la nevera y sacó un helado del congelador. No se lo comió, no. Comenzó a chuparlo, a darle lengüetazos…

—Pero trabaja, no te fijes en mí. Los escritores, cuando crean, se encierran en sí mismos, sin preocuparse de lo que sucede a su alrededor. Igual que los músicos, los pintores…

Con un gesto de enfado se levantó y se fue a la cama. Yo me quedé, embelesado, contemplando su trasero… Y seguí escribiendo.

El despacho de Fredy se hallaba situado en la planta doce. De todos los miembros de la sección de deportes, Fredy era el único que tenía un despacho para él solo: lo había conseguido trayéndose todos sus archivos a la redacción cuando su apartamento se incendió.

Con media docena de bolsas atestadas de carpetas, recortes y notas tomadas en hojas sueltas, se había introducido en el despacho de Kate, la reportero-jefe de la sección de deportes, y los había dejado en el suelo, diciendo:

—Guárdamelo hasta que alquile otro apartamento.

Media hora después había regresado con cuatro pesadísimas maletas llenas de documentos. Y aún había realizado dos viajes más.

Cuando llegó con su último cargamento, Kate había tomado posesión de una mesa, entre los redactores y le dijo:

—Quédate con el despacho, si consigues llegar hasta la mesa sin usar un equipo de escalada, es tuya.

Kate era una maravilla. Había llegado allí por ser la hija de uno de los accionistas del periódico. Era joven, esbelta, rubia, con ojos

azules… Cualquiera que la viera en la redacción, rodeada por aquella «tribu» de periodistas vociferantes, groseros y perezosos, pensaría que no era el lugar para una tierna jovencita. Y se equivocaría de lleno.

Bajo su aspecto de modelo, Kate era una mujer como pocas. Sabía alternar su coquetería femenina, con las más rudas maldiciones, todo, con tal de lograr que cada uno de sus periodistas diera lo mejor de sí mismo cada vez que se sentaba ante la máquina de escribir.

¡Pero si era la descripción de Thelma! ¿Qué hacía un personaje femenino, en una novela como ésta? ¡Me estaba obsesionando! Si no me controlaba, esta novela iba a terminar con Kate-Thelma violada por un potro desbocado…

Me saludó con una cariñosa sonrisa cuando me vio entrar.

Tuve que autoconfesarme que me gustaba Kate. Estaba, todavía, en esa edad en que a las mujeres no les preocupa lo que piensen los demás.

Y la forma en que me sonreía, indicaba muy claramente que era lo que quería de mí.

¡¡¡Indy, a lo tuyo!!!

Aproveché un momento en el que se entretenía hablando por teléfono para observarla detenidamente: era rubia, delgada y vestía con desparpajo juvenil unos pantalones muy ceñidos que marcaban los límites de su diminuta ropa interior…

INDYYY… ¡¡¡YA BASTA!!!

Le dirigí un cumplido y entré en la «selva» de Fredy.

Mi amigo había dispuesto su despacho de tal forma que sólo era habitable por él: las paredes estaban decoradas con fotos de caballos, sobre los archivadores y en la mesa se amontonaban desordenadamente los trofeos, programas de mano, amuletos, hojas de apuestas y todo tipo de recuerdos que cualquier fanático de la hípica conserva.

Las sillas estaban ocupadas por pilas de periódicos amarillentos, y carpetas de las que sobresalían recortes, fotos, y revistas. ¡Era muy difícil permanecer en el despacho de Fredy si éste no quería!

—Quita esos papeles y siéntate —me dijo sin levantar los ojos de las teclas de la máquina de escribir—. ¿Qué te trae por aquí?

—Charlar… ¡tengo ganas de charlar contigo! —respondí.

El ruido de su vetusta máquina dejó de atronar en mis oídos, sus manos se quedaron a unas pulgadas de las teclas, y sus ojos se clavaron en mí.

—¿Charlar? —preguntó sorprendido—. Todavía está por nacer el detective que sólo quiera charlar.

No hacía falta andarse con rodeos ante Fredy, así que dije:

—Necesito un cursillo acelerado sobre una sola asignatura: Connie Simpson. ¿Qué sabes de él?

Fredy dio un prolongado silbido mientras se rascaba su alborotado cabello.

—Estoy doctorado en esa asignatura. ¡Saqué sobresaliente y matrícula de honor, pero si pagas tus consultas al médico, no veo porque no tienes que hacer lo mismo conmigo!

Asentí con la cabeza, con temor de lo que pudiera pedirme Fredy.

—Invítame a comer en el Plaza.

Se había aprovechado de mi buena fe al aceptar el trato sin saber las condiciones: el Plaza tiene fama de ser uno de los más caros restaurantes de New York.

CAPÍTULO IV

Intenté convencer a mi amigo de que mi estómago no estaba en las mejores condiciones.

—Te explicaré lo que vamos a hacer —dijo Fredy levantándose de su silla y dirigiéndose al perchero. Allí eligió una chaqueta, y a juzgar por los gestos de su cara, creo que se guió más por la limpieza que por la temperatura que hacía en el exterior—. Primero daremos un paseíto para abrir el apetito, después iremos a comer y cuando lleguemos al postre, conocerás todo lo que se puede saber de Connie Simpson.

No había escapatoria posible.

En la calle brillaba un sol muy apropiado para pasear. Fredy comenzó a caminar por la acera, mientras decía:

—Connie Simpson… ¡Connie! —comenzó a decir despectivamente—. Un gángster con nombre de mujer. ¡Curioso! ¿Qué quieres saber exactamente?

—Todo —repliqué dispuesto a no dejar ningún cabo suelto.

—Connie Simpson: treinta y seis años, natural de Texas, es decir, que los caballos son para él como la cuna para cualquiera de nosotros. Vino aquí hace unos diez años. Trabajó en todo lo que pudiera darle unos centavos: desde vender periódicos en la calle, hasta fregar platos en restaurantes, repartir leche a domicilio o hacer de mozo de recados en la Continental Telegraph and Telephone. No se le conocen contactos con la Mafia, aunque eso no significa que no los tenga: puede tratarse de una persona muy prudente. Cuando consiguió ahorrar unos pocos dólares se compró un caballo de carreras, un animal que se hizo traer desde Texas. Un potro de 2 años que ganó la primera carrera en la que participó. Fredy había apostado todo su dinero en aquella carrera, y algunos

de sus amigos también. Pero entre todos no creo que reunieran ninguna fortuna. Las ganancias, de todas formas, fueron importantes. Aprovechándose de sus conocimientos, Fredy montó una red de recogedores de apuestas. Una estructura muy «simple»: botones de hotel, repartidores de leche, vendedores de periódicos… gente con la que había trabajado antes. Todos muy normales y con el único deseo de ganarse unos dólares extra.

—No parece un tipo peligroso —dije yo.

—Espera a que termine de contarte. En unas pocas semanas, Simpson monta su red. Gracias al volumen de las apuestas está en muy buenas condiciones para saber qué caballos son los favoritos de cada carrera. Él es el primero en saber a qué animal se juega más dinero, y cuál es un auténtico fracaso. Y con el dinero de los apostadores, comienza a jugar contra ellos. Compra *jockeys*, preparadores de cuadras, todo lo que pueda permitirle elegir los ganadores. Pero lo hace con inteligencia: procura que nunca suceda una «sorpresa» dos veces en el mismo día. Así, de una forma muy disimulada, va acumulando su fortuna. Hoy maneja todos los resortes del negocio. Y ha aprendido a usar hasta los más violentos: caballos que se parten una pata en un «mal gesto» durante la noche, *jockeys* atacados de diarrea unas horas antes de dar comienzo la carrera, cuadras que se incendian, periodistas incómodos que dejan de hablar mal de él, enemigos que desaparecen…

No era nada especial. Correspondía al típico mañoso en ascenso.

De repente, Fredy se detuvo con las manos en los bolsillos y me señaló a un comerciante que vendía fruta desde un carrito de mano.

—Ése es uno de los recogedores de apuestas de Connie. Y aquel otro, y aquél…

Su cabeza se movía señalando a gran cantidad de personas: el portero de un hotel, un taxista, un vendedor de periódicos…

—¿Te vas haciendo una idea de quién es Connie Simpson? —me preguntó.

—Sí, pero me gustaría saber más cosas.

—Creo que ha llegado mi turno de preguntas —me contestó Fredy—. ¿Por qué vas tras de Simpson?

—Yo invito a comer, y yo hago las preguntas —le contesté—. Si quieres que te responda, tendrás que dejarme elegir restaurante.

—Como quieras, pero si te llevo al Plaza es porque allí se puede

ver a Simpson. Acude a comer todos los días. Repito la pregunta —insistió Fredy. ¿Qué interés tienes en Connie Simpson? ¿Profesional o privado?

—Profesional —respondí pensando que así acallaría sus preguntas.

—¿Quién te ha hecho el encargo? Todos sus enemigos son gente de metralleta y revólver… ¡Ninguno de ellos acudiría a ti!

—Secreto profesional —repliqué dando por cerrada la conversación.

—¡Caramba, muchacho! —dijo riendo—. ¿Qué crees que es todo lo que te he contado? Los datos que te he dado no podrás verlos publicados… también son «secreto profesional».

Me iba a resultar difícil ser discreto ante Fredy.

—Unos propietarios de cuadras —comencé a explicar desganadamente— según parece están cansados de que sus caballos pierdan cuando a Simpson le interesa. Y quieren reunir pruebas de sus manipulaciones.

—No me imagino quién puede ser tan ingenuo como para acudir a una agencia de detectives. Sólo puede tratarse de gente de poca importancia: quizá
O'Hara
, Collins, Durrell… ¡También Walter Chase! Puede ser que se haya metido McCullers… y Grenberg… ¿Estoy acertando?

Puse cara de estatua griega, pero íntimamente estaba asustado. Todos los nombres que había dado estaban en la lista. Los conocimientos de Fredy eran tan amplios como yo había esperado.

—¿Quiénes son los más importantes propietarios de cuadras? —le pregunté.

—El más «gordo» es Weimbaugh. Pero ése no es enemigo para Simpson: se trata de un millonario de Boston cuyo único capricho consiste en ver correr a los caballos con su nombre. No aparece por el hipódromo más que un par de veces al año. Todos sus asuntos los lleva uno de sus secretarios: Anthony Smith, casualmente muy amigo de Simpson. También casualmente, cada vez que Weimbaugh viene a New York, uno de sus caballos gana una carrera.

—¿Significa eso que Simpson le tiene miedo?

—No. Simplemente que no es enemigo: le sale muy barato tener como gran competidor a una persona que se contenta con ganar un

par de carreras al año.

—¿Quiénes son los otros propietarios importantes?

—Dino Ricobenne. Se dice de él que es el hombre de la «Cosa Nostra» en los hipódromos, aunque no hace nada por demostrarlo. Parece como si estuviera esperando que sus «capos» decidieran ir a por Simpson. Puede ser muy peligroso cuando le den luz verde.

Casi sin darnos cuenta nos habíamos situado ante el ajado y vetusto coche de Fredy. A la vista de su vehículo no sabría decir si aquella rotura de frenos había sido un atentado o la lógica conclusión de los muchos años que aquel trasto llevaba rodando por el mundo.

—Conduce tú. A mí no me gusta —dijo tendiéndome las llaves.

—Sigue con la lista de grandes propietarios —dije sentándome al volante.

—No queda más que uno: Paul Reynolds, y ése no creo que esté en tu lista. Es el menos importante del grupo de los grandes. No lo hace por dinero: tiene un despacho de abogados y se gana muy bien la vida con sus operaciones de Bolsa y con las minutas que pasa a los millonarios por asesorarles en sus negocios. Es todo un caballero: dos doctorados en Harvard, viajes por Europa… ¡A él sí que le gustaría que sus caballos ganasen todos los días, pero es demasiado inteligente como para meterse en una guerra contra Simpson!

—¿Alguien más que deba de conocer? —le pregunte a Fredy.

—Así que «alguien» está decidido a plantarle cara a Connie. —Me dio la impresión que más que hablar, pensaba en voz alta—. ¡Ya era hora! Comenzaba a sentirme como una voz que clama en el desierto, luchando en solitario contra él. ¡Esto se va a animar! Te propongo un trato.

No tuve más remedio que asentir. Fredy no sólo me había puesto al día de todo lo que necesitaba saber. También, en las próximas jornadas, me iba a ser muy necesaria su colaboración para saber, exactamente, cuáles eran los pasos que estaba dando Simpson en pos de mis clientes.

—Tú me mantienes informado de todo lo que vayas averiguando, y yo me comprometo a no publicar absolutamente nada, hasta que tú me autorices.

Me desagradó. Podía fiarme de Fredy completamente, pero no

me gusta ir comunicando a nadie mis movimientos. Fredy pareció notar mi vacilación, y se apresuró a intentar convencerme.

—Creo que será muy ventajoso para ambos: así yo podré estar muy atento a determinados factores. O de otra manera vas a estar a expensas de que las noticias que yo te transmita sean las que tú necesitas oír. Voy a ser más claro. Puede ser que yo esté pensando en Ricobenne y muy atento a todos sus movimientos, y que Ricobenne no te interese a ti para nada. ¿Me explico?

—De acuerdo. Tienes razón.

Fredy se frotó las manos con satisfacción.

—Ahora tienes que contestarme a varias preguntas… —comenzó a decir—. ¿Quiénes son tus ˆclientes?

—Has acertado en bastantes de ellos:
O'Hara
, Durrell, Collins, Grenberg, Chase, McCullers… —dejé pasar unos instantes, antes de seguir hablando— y Dino Ricobenne.

Fredy lanzó un prolongado silbido.

—¡Ricobenne! —dijo ladeando la cabeza—. Eso sólo puede significar dos cosas: que la «Cosa Nostra» ya ha encontrado «su» momento para atacar a Simpson. O que Ricobenne está actuando sin permiso de sus jefes… esto se va a poner muy animado. ¡Vamos al Plaza, chófer. Se me acaba de abrir el apetito!

Thelma había corrido perfectamente la cortina, así que este capítulo me salió de un tirón, sin interrupciones, y en menos de una hora.

CAPÍTULO V

La luz del dormitorio de Thelma se apagó. El sueño estaba a punto de vencerla. Mejor, así yo podría concentrarme en mi trabajo.

El Plaza es uno de esos lugares a los que sólo se puede ir si se tiene una confianza absoluta en los números de la cuenta corriente.

Ya les he dicho que no figura en la lista de mis «Mil restaurantes favoritos de la ciudad de New York». Pero como hotel no tengo más remedio que reconocer que es el mejor y con una sólida reputación adquirida a lo largo de muchos años.

Esta temporada, su restaurante estaba de moda, y eso significaba dos cosas. En primer lugar que había que pagar una muy fuerte suma por comer allí, y en segundo lugar, que todo el que se preciara en la ciudad debía de ser visto, al menos una vez al día, por el restaurante, la «drink room» o los salones.

Allí se podía encontrar a actores de cine, millonarios, cantantes de ópera, reyes, presidentes de naciones… Es decir: el Plaza era el sitio donde menos encajaba Fredy Massler.

Verdaderamente la fama de mi amigo el periodista debía de ser muy notable, porque le dejaron entrar en el restaurante, ˆsin peinar, con la vieja chaqueta y con una barba de varios días. El resto de la gente vestía elegantemente con *smoking* y corbata de pajarita.

Una legión de camareros nos rodearon solícitos nada más aparecer, y nos custodiaron hasta una de las mesas. No sé si lo hicieron en busca de una propina, o para hacer una pantalla humana que ahorrara al resto de los comensales la visión desaseada de Fredy.

Una vez sentados, el *maître* se acercó a nosotros y nos explicó sus sugerencias.

Fredy no era persona de paladar educado. Despreciando la

lección de francés que nos había dado el *maître*, eligió una ensalada y carne asada. Yo le imité.

—¿Qué beberán los señores? —nos preguntó un camarero.

Fredy le guiñó un ojo, y dijo:

—Dos
Coca-Cola
.

Intenté protestar pero una patada bajo la mesa, me hizo callar en el acto. Fredy me sonreía amistosamente.

—Si has estado fiándote de mí hasta ahora, no veo porque tienes que cambiar.

Mientras esperábamos nuestras frugales ensaladas, preparé mi segunda sorpresa para Fredy.

—¿Sabes quién es otro de mis clientes?

Fredy me miró sin decir nada. Creo que no le gustan las sorpresas.

—Paul Reynolds —dije con un deje de satisfacción en la voz.

Ni siquiera parpadeó. Esperó unos segundos, sin quitarme los ojos de encima. Y luego sonrió de una forma que no me gustó nada.

—Si quieres reírte de alguien, busca a otra persona.

El mozo de mesa nos sirvió nuestras Coca-Colas, en unas exquisitas copas de cristal, ante mi mirada displicente.

Fredy alzó la suya, invitándome a brindar.

Por pura cortesía, le imité, llevándome aquel dulzón brebaje hasta los labios, procurando humedecerlos lo mínimamente indispensable, para dar por cumplido el brindis.

Me sorprendí cuando una gota perdida llegó hasta mi paladar: ¡Aquello no era
Coca-Cola
! Se trataba de un excelente Burdeos. Me alegré por mi paladar, mientras lo lamentaba por mi cartera.

La luz del dormitorio volvió a encenderse. Thelma apareció detrás de la cortina.

—Es imposible dormir con este calor… voy a ducharme…

Mientras oía caer el agua sobre el cuerpo de Thelma permanecí, como hipnotizado, observando la puerta cerrada.

Cuando salió, iba con una pequeña toallita entorno a su cuerpo.

—Pero… ¿Qué haces?… ¡Trabaja! No vas a terminar nunca…

Sin demasiadas ganas volví al restaurante del Plaza.

—Volvamos al asunto de Reynolds… —dijo Fredy cuando me repuse de la sorpresa—. ¿No estabas borracho? Entonces era una broma.

—¿Por qué dudas tanto de que Reynolds pueda estar en mi lista?

—Ya te he dicho que me parece una persona sensata y juiciosa. ¡No le creía capaz de mezclarse en una aventura así!

Me gusta el hecho de poder sorprender a Fredy en algo.

—No sólo eso, también, creo que es quien está detrás de toda la operación. Desde luego de una forma muy prudente. Haciéndose pasar por uno más del grupo. Pero yo estoy convencido de que es el «Cerebro Gris».

Si eso que dices es cierto… —comenzó a decir Fredy—. Todo esto se va a complicar mucho. ¿Qué pruebas tienes?

Me molestó que dudase de mis palabras.

—Ninguna. Pero mi olfato me ha engañado en muy pocas ocasiones. Sólo he hablado con O’Hara, con Ricobenne y con él. ¡Y me jugaría el sueldo de un mes a que él es el «tapado» de los propietarios!

Fredy sonrió al oírme utilizar la terminología de las carreras.

—Podría ser… podría ser… Es lo suficientemente astuto como para que nadie sospeche nada de él, y ser quien maneja los hilos en la sombra. ¿Sabes cómo piensan atacar a Simpson? —me preguntó.

Dudé unos momentos antes de contestarle. Me parecía peligroso explicar a nadie aquel plan tan cuidadosamente preparado, pero necesitaba los oídos de Fredy. Le conté, eso sí, con el menor lujo de detalles posible, el asunto de los dos caballos llamados «Scarface», y de cómo Simpson se iba a ver arruinado y sin capacidad de maniobra.

—Es muy inteligente ese plan: nadie podrá acusar a Reynolds de haber hecho trampas, y eso puede descabezar a Simpson… ¡Sí, es un plan digno de un jugador de Bolsa!

Habíamos terminado la ensalada, y otro camarero nos había puesto en los platos una generosa ración de asado.

Fredy comía como si hiciera un año que no probaba bocado. Me preocupó ver la forma en que bebía, y se lo dije.

—No me gustaría que lo que te he contado llegara a oídos

extraños… —me atreví a sugerir.

—No te preocupes: aguanto más alcohol que una barrica de roble.

Repentinamente, Fredy dejó de masticar y miró sobre mi hombro, a un punto situado a mis espaldas.

—No te vuelvas bruscamente —me avisó—. Pero ahí está tu presa.

Me giré con suavidad como si buscase a un camarero, y me fijé en la entrada, en Connie Simpson.

Había llegado acompañado por tres guardaespaldas, tres tipos que parecían recién salidos del laboratorio de pruebas del doctor Frankenstein: eran grandes como torres medievales, y podían servir perfectamente como ilustración de un libro de cirugía, sobre cicatrices mal curadas.

Un solícito camarero estaba recogiendo el sombrero de Simpson. Éste, con elegancia, le tendía también los guantes, y realizaba un ligero movimiento de cejas para saludar a alguno de los comensales.

Se sentó en una mesa desde la que yo podía estudiarlo con comodidad.

Iba cuidadosamente vestido. Si Fredy me decía que era un hampón, seguro que lo era, pero yo lo hubiera clasificado en el mismo grupo de gente elegante que a Paul Reynolds.

Pedimos el postre, los cafés y las copas. Antes de que yo reaccionara, Fredy se adelantó en pedirle la nota al camarero.

—Invitaba yo… —protesté.

El periodista negó con la cabeza.

—No, detective, no. Hoy necesito celebrar las noticias que me has dado. ¡Me has hecho feliz!

—¿Tanto odias a Simpson?

No me contestó. En aquel momento pasábamos junto a la mesa del hampón. Fredy clavó su mirada en él, a la vez que exhibía una sonrisa irónica. Pero no dijo nada, Simpson estaba consultando la carta y no prestó atención al periodista.

—Mejor así —dijo Fredy cuando salimos a la calle—. Me gustará tener un buen recuerdo de la cara de Simpson, para compararlo con el de mañana cuando pierda su caballo.

De los otros dos gorilas de Simpson no había ni rastro. Posiblemente le esperaban en el coche.

Pero antes habían dado una «ojeada» al coche de mi amigo: dos de sus ruedas estaban reventadas.

Fredy se rascó la cabeza, sin enfadarse.

—Creo que mañana voy a romper uno de mis principios sagrados.

—¿Cuál? —le pregunté.

—Nunca apuesto en las carreras: tengo fama de estar bien informado y si la gente me viera en una de las ventanillas, habría una aglomeración para apostar a los mismos caballos que yo. Pero, mañana será diferente. Me gustaría que apostases unos dólares en mi nombre. No muchos, los suficientes para comprarme un par de ruedas nuevas, y de poder pensar cuando vaya en el coche, que voy sobre algo que le ha costado dinero a Simpson.

Sonreí.

—Ven mañana al periódico… —me dijo mientras detenía un taxi —. Sobre las tres de la tarde. Así tendré tiempo de enseñarte todo el hipódromo antes de que comiencen las carreras.

—Allí estaré —le contesté.

Se había acabado el café así que rebusqué por los cajones en busca de té, o *whisky*…

No lo encontré. Pero sí hallé unas fotos de Thelma vestida de aire… ¿¿/¡¡QUIEN PUEDE TRABAJAR ASI!!!??

Me lancé dentro del dormitorio.

CAPÍTULO VI

Thelma dormía sobre la cama. Desnuda. La respiración agitaba levemente sus senos. Apoyé la mano en su cadera. Ella abrió los ojos y me miró.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué hora es? ¿Ya has terminado la novela?

—No… Pero ya voy casi por la mitad —carraspeé un poco, antes de añadir—: Estoy cansado y… necesitaría «relajarme un poco…».

—¡Relajarte!, ¡relajarte! —dijo Thelma lanzando un manotazo a mis inquietos dedos—. ¿Para dormirte encima de las teclas? ¡Ven cuando termines…! ¿Cuántos muertos llevas ya?

Tardé unos segundos en contestar.

—¿Muertos? ¡Ninguno!

—¿Qué clase de novela policiaca estás haciendo? Mira que como no sirva…

Estaba claro que tenía que matar a alguien. ¡Pues manos a la obra!

A la hora en que Fredy me había citado, estaba esperándole a la puerta del periódico.

Paramos un taxi y mientras nos sumergíamos en la circulación, Fredy rebuscó en su cartera y me tendió un billete de cien dólares.

—Toma. Apuéstalo por «Scarface».

—¿Sólo cien? —le pregunté sorprendido—. Estás perdiendo una oportunidad de hacerte de oro.

—Pretendo que Simpson me pague las ruedas. Nada más. Me conformo con eso —dijo secamente.

Deduje que debía de tener algún problema financiero. Yo había reunido todos mis ahorros: casi ochocientos dólares. Y estaba dispuesto a seguir los consejos que me había dado Reynolds.

El hipódromo estaba muy animado cuando llegamos. Aún

faltaba más de una hora para que dieran comienzo las carreras y era ya un hervidero de gente: curiosos que no deseaban perderse ni un solo detalle, preparadores dando un último vistazo a sus animales, *jockeys* que no encontraban su camisa o sus botas… ¡Todo estaba ultimándose para el momento de la salida!

Fredy saludó amablemente al portero. Durante los siguientes doscientos metros, Fredy saludó a más de treinta personas. No cabía duda de que el periodista era una persona muy popular. Desde los vendedores de refrescos, hasta los recogepapeles, pasando por los propietarios de cuadras, cuidadores, apostadores y público habitual, todos dirigían una frase o un guiño a mi amigo el periodista.

—Más vale que vayamos a lo positivo —dijo Fredy tras saludar a otra persona—. Te mostraré el vestuario de los *jockeys*. Son buenos chicos…

El portero nos dejó pasar sin poner ningún impedimento.

—Es duro ser jinete de caballos… —comenzó a decir Fredy—. ¡Muy duro! No se gana mucho dinero. Si consiguen el premio, un diez por ciento es para ellos. Si no… se tiene que conformar con los escasos dólares que les da el propietario de los caballos. Además se necesitan condiciones especiales: poca estatura, poco peso…

Di un vistazo a los hombres que se estaban enfundando en las camisas de colorines brillantes. Todos ellos reunían las características que el periodista me había indicado. Aquello parecía un congreso de raquíticos y desnutridos.

Me sorprendió ver a uno de ellos, de unos treinta y cinco años, tremendamente pálido y con el rostro desencajado.

—Parece que éste no se encuentra bien… ¿Crees que podrá correr?

—Por supuesto, Se trata de Peter King, uno de los mejores jinetes. Sólo tiene un defecto —y al decir esto me miró sonriente—, le gusta la buena mesa tanto como a ti. Cada vez que termina con éxito una carrera, los mejores restaurantes de New York se frotan las manos de satisfacción. Durante un par de días, Peter se dedica única y exclusivamente a devorar. Luego, en los cinco días que le faltan hasta la siguiente carrera, tiene que perder el exceso de peso. ¡Ha llegado a conseguir adelgazar 8 quilos en cinco días!

—Eso es imposible —repliqué.

—No lo creas. Se puede hacer: sin comer, sin beber, tomando

laxantes y diuréticos, enfundándose durante los cinco días en trajes de plástico y matándose de hacer gimnasia bajo el sol. Es muy duro, pero se consigue.

Abandonamos el vestuario de los *jockeys*. Nada más salir y sin preocuparse de si alguien nos escuchaba, Fredy me dijo:

—Cada uno cobra de su patrón… y todos cobran de Simpson. ¡Son como una gran familia!

Me condujo hacia las cuadras. Allí, pocas personas tenían acceso: Fredy era una de ellas.

Los caballos, como si presintiesen la proximidad de la carrera, estaban nerviosos y agitados. Los relinchos breves y entrecortados se sucedían sin final. Los nerviosos golpes de las pezuñas contra el suelo, y algún caballo encabritado, contribuían a dar un ambiente colorista a aquella zona del hipódromo.

—¡Vamos a ver las cuadras de tu amigo Reynolds! —me dijo Fredy.

Se podía percibir un ambiente extraño conforme nos íbamos acercando a las cuadras de «mí amigo». Un par de fornidos mozos de caballeriza custodiaban la entrada.

Fredy, haciendo caso omiso de ellos, intentó entrar.

Uno de los dos gorilas extendió el brazo impidiéndole el paso.

—Lo siento… —dijo por toda explicación—. Es zona privada.

—No hay «zonas privadas» para Fredy Massler en este hipódromo —replicó mi amigo.

Y si el periodista en un arrebato de furia mata, a… No… no… ¡Así lo que mato es la novela!

El grito del periodista atrajo a varios trabajadores de las cuadras.

—Señor Massler… —dijo un hombre bajito y con gran bigote—. ¿Qué le trae por aquí?

—Lo de siempre… curiosear. ¿Qué sucede hoy? ¿No se puede pasar?

—Órdenes del señor Reynolds. Ya sabe que si de mí dependiera…

—No te preocupes —dijo Fredy palmeándole el hombro.

Y, mientras nos alejábamos, me susurró al oído:

—Parece que tienes razón. Ocultan algo. Éste era el preparador del caballo, uno de los hombres de confianza de Reynolds.

Desde allí me condujo hacia las gradas del público. La animación ya era notable. Nos acercamos a una de las barandillas y Fredy se situó de espaldas a ella, observando los palcos.

—Míralos: la carroña de New York vistiendo sus mejores galas.

Lentamente me fue señalando a todos los actores de aquella función de teatro: Simpson estaba junto al hombre de confianza de Weimbaugh; Paul Reynolds, con dos bellas mujeres, intentaba ignorar a Dino Ricobenne que luchaba por llamar su atención. O'Hara
se hallaba en el palco contiguo al de Reynolds, con toda su familia.

La gente comenzaba a reunirse en torno a las ventanillas de las apuestas, con sus programas de mano, anotándolos y haciendo comentarios con los que les rodeaban. Algunos, los más indecisos, daban frecuentes y cortos paseítos desde las ventanillas, hasta el paddock, el lugar donde se muestran los caballos de la siguiente prueba.

Quizá aquí podría hacer estallar una bomba… No, tampoco. Vendría la policía, no se podría celebrar la quinta carrera… El muerto ha de esperar a más adelante…

Allí examinaban visualmente a los animales con aire de entendidos: las pezuñas, las patas, el lustre del pelaje, la forma de llevar colocadas las bridas… nada escapaba a la perspicacia de estos espectadores profesionales. ¡Podían decir cuál era el mejor caballo de cada prueba! Pero eso no servía para ganar irnos dólares. No eran los animales los que importaban. Era Connie Simpson.

—¿Quieres apostar? —me preguntó Fredy.

—No me importaría gastarme unos dólares… ¿Quién me aconsejas tú?

Quería probar la «bondad» de los consejos de Reynolds.

—El mejor caballo es «Diente de Perro», pero ganará «Spy Ace». Puedes poner cien dólares y recuperarás doscientos.

Hice caso a Fredy y aposté cien dólares. Cuando anunciaron que los animales se iban a situar en boxes, la muchedumbre abandonó su cómoda posición a la sombra y se acercó a las barandillas.

Fredy me tomó del brazo y me hiso avanzar a contracorriente.

—Me gustaría ver la carrera… —protesté.

—¿Para qué? Ya sabes quién va a ganar… ¿Qué interés tiene ver a unos animales representar una función perfectamente ensayada?

Uno de los acomodadores se acercó a saludar a Fredy. Éste le pidió unos prismáticos y me los cedió a mí.

—Enfoca hacia los palcos y podrás ver como tengo razón.

Era verdad; ni Simpson, ni Reynolds, ni ninguno de los propietarios de cuadras de caballos estaban mirando a la pista. Todos seguían con sus animadas conversaciones, ajenos por completo a sus animales. Cuando sonó el estampido de partida, únicamente Reynolds desvió un poco la cabeza, unos segundos, para ver la salida.

Fredy estaba mirándose las puntas de los zapatos.

Una exclamación del público nos anunció que los caballos estaban enfilando la recta final. El griterío fue en aumento progresivamente. Después pudimos oír los aullidos de alegría y los de frustración.

Por los altavoces anunciaron la victoria de «Spy Ace».

—Acércate a las ventanillas a cobrar —me dijo Fredy desganadamente.

—¿Quién me aconsejas para la siguiente prueba?

—«Brahaman». Aquí sí que se da la casualidad de que es el mejor caballo de la prueba. ¡Alguna vez dejan que los entendidos en hípica ganen unas migajas! Si apuestas doscientos dólares, recuperarás doscientos veinte. No es gran cosa.

Pensé que aquellos veinte dólares, invertidos en «Scarface», se podrían multiplicar. Me acerqué a la ventanilla y me situé en la cola. Sin volver la cabeza, y sólo por las frases que llegaban a mis oídos, podía saber cómo les había ido a los jugadores, en la carrera anterior.

Todas las frases se semejaban. Los ganadores afirmaban: «Ya te lo dije», o «Se veía de lejos», o «Estaba más claro que el agua».

Los que habían perdido repetían: «No comprendo lo que ha podido suceder», o «Me habían dicho que era un ganador seguro…».

Aposté mis doscientos dólares a «Brahaman», y volví junto a Fredy.

Esta vez le convencí para que siguiéramos la carrera, con desgana se colocó tras de mí, entre la multitud que se agolpaba delante de la pista.

Yo seguí la carrera a través de los prismáticos, mientras él ojeaba un periódico que había sacado de uno de los bolsillos. A mis

espaldas una pareja comentó:

—Fíjate en este tipo: está leyendo el periódico mientras corren los caballos. ¿Para qué vendrá al hipódromo? ¡Se está perdiendo lo más emocionante: la llegada!

Fredy los había oído. Se volvió hacia mí sonriente e indicándome el periódico me dijo:

—Palabra de siete letras que significa: «sincero, verdadero, sin doblez».

—Ingenuo —respondí.

—¡Exacto! Me acabas de solucionar el crucigrama. ¿Quién ha ganado?

—«Brahaman».

Se volvió hacia la pareja.

—¿Por quién habíais apostado?

—Por… «Blue Dragón» —respondió el chico.

—Otra vez será… —dijo encogiéndose de hombros. Y, dirigiéndose a mí, añadió—: Palabra de siete letras que significa…

Los dos rompimos a reír ante las miradas de extrañeza de la parejita.

Por los altavoces comenzaron a anunciar la tercera prueba.

Acababa de terminar el capítulo y seguía sin matar a nadie…

¡Había que arreglarlo rápidamente!

CAPÍTULO VII

El cansancio había comenzado a hacer presa en mi cuerpo; me dolían los riñones de estar tantas horas sentado ante la máquina de escribir. La cabeza se parecía más a una TV estropeada, que a un «aparato de parir novelas».

Encendí un cigarrillo y me acerqué a la ventana. Ni siquiera tenía ganas de dar un vistazo al espléndido cuerpo de Thelma.

Ya sólo tenía que matar a alguien y terminar la novela. Afortunadamente, sabía al dedillo cómo era un hipódromo, y no me resultaría difícil describirlo. Pero dudaba mucho que este capítulo tuvieses las «gotas» de humor que había tenido el primero.

La segunda carrera, con el vencedor esperado, había animado al público que se amontonaba ante las ventanillas de las apuestas. Casi todos los que estaban en el hipódromo habían escuchado a alguien decir aquello de: «Brahaman» es el ganador, sin lugar a dudas.

Y cuando «Brahaman» fue el ganador, todos se volvieron hacia su vecino para preguntarle sobre el triunfador de la tercera. Y había uno muy claro: «Héroe».

—Míralo —me dijo Fredy en el paddock—. Es una auténtica maravilla, uno de los caballos más bonitos que ha pisado este año el hipódromo: elegante, nervioso, con fuerza… ¡Lástima que no le toque ganar! Ahora es el turno de «Lucky *Lady*», una yegua que no participará en muchas pruebas más, ya que pasa de los 5 años, y eso ¡es muy grave para cualquier animal!

«Héroe» era un potro de 3 años, con sus fuerzas en plenitud. Se movía inquieto mientras su preparador lo sujetaba por las bridas, revolviéndose nerviosamente, contagiado por el ambiente que se respiraba.

Cuando acudí a la ventanilla de las apuestas, «Héroe» era el

favorito. Volví junto a Fredy y se lo hice saber.

—En esta carrera puedes ganar bastante dinero. ¿Cuánto has apostado? —me preguntó.

—Doscientos dólares.

—Con un poquito de suerte llegarás a los setecientos.

Dio comienzo la carrera: desde la salida «Lucky *Lady*» se situó en cabeza. «Héroe» luchó por intentar remontar posiciones. Parecía como si su *jockey* se negase a dejarse derrotar por una yegua vieja. Pero Simpson controlaba todo perfectamente.

Cada vez que «Héroe» intentaba acortar distancia, algún otro caballo se acercaba a él, y le tapaba la salida.

¡Todos los jinetes estaban a las órdenes de Simpson!

—¡Vamos, «Héroe»! —mascullaba Fredy—. ¡No te dejes derrotar! ¡Escapa, escapa!

Se volvió hacia mí con el rostro congestionado.

—¡No hay derecho! Ese caballo quiere ganar y…

Era verdad. Desconozco si el *jockey* estaría o no en la nómina de Simpson, pero el caballo parecía correr por su cuenta, la gente lo animaba con grandes gritos y exclamaciones. El potro parecía sentir que todas aquellas voces de aliento iban dirigidas a él, y estiraba su cuello intentando no distanciarse de «Lucky *Lady*».

Cuando llegaron a la recta final, la yegua sacaba casi seis cuerpos a su más inmediato seguidor. «Héroe» se abrió hacia la derecha, al lado más amplio de la curva, el caballo que iba ante él, quedó descolocado. Como una centella, «Héroe» saltó hacia delante por el agujero que había quedado libre.

En unos pocos metros, dejó tras de sí a los dos caballos que se interponían entre él y «Lucky *Lady*», y galopaba alegremente en pos de su rival.

Se estaban acercando a la meta, «Héroe» había reducido la ventaja a un par de cuerpos. Los espectadores se deshacían los pulmones y las gargantas animando a su caballo favorito.

«Lucky *Lady*» había quedado privada de la ayuda de los otros caballos del pelotón, que estaban lo suficientemente distanciados como para no poder hacer nada, aunque lo intentaban. La distancia se reducía. Estaba muy claro que si «Lucky *Lady*» ganaba, iba a ser porque los demás se lo iban a permitir.

«Héroe» se había situado a sólo un cuerpo de la yegua, y

avanzaba con zancadas potentes y rápidas.

Entonces, como si se tratase de un *ballet* perfectamente estudiado, las cosas se encajaron: Se aproximaban a la meta a toda velocidad. «Lucky *Lady*» corría en cabeza, «Héroe» se mantenía a un cuerpo de distancia, sin conseguir reducir la diferencia. Y tras ellos, el resto del pelotón.

—Ese *jockey*… —dijo Fredy apretando los dientes.

«Lucky *Lady*» cruzó la meta en primera posición.

Fredy se volvió hacia mí.

—El *jockey* de «Héroe» también está a sueldo de Simpson. Le ha retenido en la recta final. ¡Brindo por ellos! Han realizado un fantástico espectáculo… ¡Mira a la gente cómo disfruta!

Todo el público del hipódromo estaba excitado. Los oíos brillaban, las voces se atenazaban, los brazos y las manos gesticulaban… ¡Había sido una gran representación!

Fredy sonreía cínicamente.

—Ese Simpson es un gángster… pero es tremendamente inteligente. Observa con qué cuidado ha programado las cosas: primero una carrera aburrida, después una carrera en la que todos han ganado unas migajas, la tercera ha hecho ponerse a cien las pulsaciones del público. ¡Espera y verás las colas que se forman ante las ventanillas de las apuestas!

Tenía razón. La gente había enfebrecido y se amontonaba deseando jugar sus dólares en la siguiente prueba.

Fredy me dio un codazo.

—Acércate y apuesta por «Scarface». Mientras se celebra la cuarta carrera iremos al paddock. Quiero ver bien a ese maravilloso animal que va a derrotar a Simpson.

Obedecí sus instrucciones. Las apuestas entre «*Black Jack*» y «Scarface» estaban bastante igualadas. Todo el mundo daba como ganador a «Shining». Aposté el dinero de Fredy, el que yo había traído y las ganancias de las tres primeras pruebas.

Mientras depositaba toda mi fortuna en aquella repisa de madera, mis manos no pudieron contener un ligero temblor, en el último instante, retiré un billete de cien dólares y lo guardé en el bolsillo. Si, por cualquier motivo, «Scarface» no ganaba la carrera, quería tener un poco de dinero para poder tomar dignamente un taxi y cenar en un buen restaurante. ¡Una buena digestión ayuda a

superar un mal trago!

Fredy me esperaba sonriente.

—Tengo muchas ganas de ver la cara que pone Simpson, cuando vea que su caballo pierde.

Los caballos de la quinta prueba comenzaban a ser llevados a la vista del público.

Ahora tengo que describir el caballo, el ambiente… ¡Esto es fácil!

«Shining» era un precioso pura sangre. Yo diría que aún más bello que «Héroe». Tenía cuatro años y había ganado un buen número de pruebas. Se comprendía que fuera el favorito.

«*Black Jack*», el caballo designado por Connie Simpson para llenarle las arcas, era un animal viejo. Quizá ante otro enemigo, hubiera tenido alguna posibilidad de ganar. Pero «Shining» como su propio nombre indicaba, era un caballo que «brillaba» con luz propia.

Todos los animales que iban a participar estaban ya en el paddock. «Scarface» era un caballo precioso, completamente blanco, y con las crines moviéndose acompasadamente al ritmo de su elegante trotecillo. El preparador lo llevaba sujeto de las riendas. Y no podía evitar una sonrisa de satisfacción al escuchar los elogiosos comentarios que levantaba el animal entre el público.

Sobre «Scarface» se hallaba Jacques Ponty, el *jockey* francés, que se mostraba tremendamente orgulloso de su montura.

Los ojos de los espectadores y de todos los preparadores estaban sobre «Scarface».

Vi cómo el hombre de confianza de Simpson palidecía, y se dirigía hacia el preparador de la cuadra de Reynolds.

—¡Éste no es «Scarface»! ¡Estáis haciendo trampas!

La gente se arremolinó en torno a ambos contendientes. Un par de jinetes de Reynolds interpusieron sus caballos entre «Scarface» y el resto de los competidores, para prevenir algún «accidente». El mozo de Reynolds, sacó sus papeles de inscripción y los blandió ante los ojos del hombre de Simpson.

—Se llama «Scarface». Lo hemos inscrito con ese nombre y nadie ha protestado.

—Seguro que los jueces pensaron que era… el «penco» de siempre.

—No es culpa mía. Si quieres protestar, hazlo ante los jueces, pero la inscripción de este caballo es legal.

Por los altavoces anunciaron que los caballos debían de salir a la pista, y todos comenzaron a evolucionar hacia allí.

Mientras «Scarface» pasaba ante nosotros Fredy le lanzó su última mirada, con ojos escrutadores.

—¿Qué «espías» tan atentamente? —le pregunté.

—Estaba repasando al animal. Ese *jockey* francés, parece saber mucho de caballos, le ha puesto la cincha ajustada al milímetro. Si se pone muy suave se corre el peligro de que se muevan durante la carrera y desequilibren al *jockey*. Y si se aprietan demasiado, pueden resultar molestas para el jinete.

La entrada de «Scarface» en la pista, arrancó un montón de exclamaciones entre el público. Algunas personas se precipitaron hacia las ventanillas de apuestas para jugar unos dólares a «Scarface». Pero los hombres de Reynolds estaban situados allí, jugando unos pocos centavos a caballos que no tenían ninguna posibilidad de ganar y entreteniendo a las taquilleras hasta que se cerraran las ventanillas: la única forma de impedir que Simpson pudiera resarcirse de la pérdida.

Me estoy olvidando de describir a los clientes del detective. Convendrá que les de un repaso.

Mientras los caballos se iban acercando a los boxes, yo me situé de espaldas a la pista y enfoqué mis binoculares hacia los palcos de los propietarios de cuadras. Simpson reía con sus compinches, ajeno a lo que se le venía encima.

Reynolds no podía evitar un «tic» nervioso. Aunque aparentaba escuchar atentamente a una de las damas que le acompañaba, sus dedos tamborileaban nerviosamente sobre el pasamanos del palco, y sus ojos se perdían una y otra vez en los caballos que evolucionaban ante los boxes.

Ricobenne, en el palco contiguo al de Simpson, no se molestaba en ocultar sus nervios; su rostro estaba tremendamente pálido, y un sudor frío le caía por la frente. Convulsivamente iba secándose las gotas, con un pañuelo arrugado.

O’Hara

había desaparecido del palco; seguramente estaría aliviando su vejiga, llena de nervios.

Fredy me sonrió cuando le miré.

—Bueno, amiguito. Se acerca el gran momento. Te aconsejo que no despegues los ojos de la pista y me dejes los prismáticos. ¡Ya he dicho que no me quiero perder el rostro de Simpson, cuando «Scarface» entre el primero en la meta!

Tiró su colilla al suelo, la pisoteó con rabia, apoyó su espalda en la barandilla y enfocó los gemelos al palco de Simpson.

—¡Que empiece la función! —Dijo sonriente. ¡Maldita sea! Había terminado otro capítulo sin matar a nadie. El próximo capítulo sería sobre la carrera y no me resultaría fácil matar a nadie. Pero, por lo menos, sería un capítulo rápido.

CAPÍTULO VIII

Si quería mi media docena de folios sobre la carrera, más valía que me olvidara de matar a nadie, y me concentrase en describir la emoción de la competición. No iba a ser difícil: contar lo que hacen los caballos, lo que siente el público, los clientes del detective, éste preocupado por sus ahorros… Este capítulo iba a ser fácil.

Los *jockeys* necesitaron de toda su habilidad para lograr que los caballos fueran entrando en boxes. Parecía como si los animales pudieran presentir lo que se iba a jugar en aquella prueba. El público, después de realizar sus apuestas, había vuelto junto a la pista y esperaban ansiosamente el comienzo de la carrera, del momento cumbre de la tarde.

Según Fredy, en el palco de Simpson no se notaba nada especial.

El circuito formaba un triángulo, con dos lados iguales y un tercero mucho más largo, donde se hallaban la salida y la meta.

Los caballos ya estaban dentro de los boxes y se removían inquietos. Los espectadores contenían la respiración en espera de la señal de partida. Fredy, sin apartar los ojos del palco de Simpson, comenzó a explicarme las características de la carrera.

—Ya verás como Simpson, intenta algo. Seguro que sus hombres le habrán avisado de que el «Scarface» que va a correr, no es el que él tenía previsto. Estoy seguro de que cuando los animales comiencen a correr, varios caballos, se van a dedicar durante todo el recorrido a entorpecer el avance del animal de Reynolds.

—¿Ganará? —pregunté yo, más nervioso por la cantidad que apostaba, que por el encargo de mis clientes.

—Esperemos que sí. Todo va a depender de la salida.

Los portones de los boxes se abrieron con un seco golpe que resonó en el hipódromo como el estallido de una bomba.

Rápidamente, el silencio quedó ocupado por el del caótico golpear de cuarenta cascos contra el césped. Un sonido que fue haciéndose rítmico de una forma progresiva.

—¿Quién va en cabeza? —volvió a interrogarme, nerviosamente, Fredy.

—En primer lugar va el nuestro: «Scarface». Le lleva un par de cuerpos de ventaja al número seis. Tras éste va «Shining», el cinco, y «*Black Jack*». Detrás van todos los demás.

Fredy escuchaba mis explicaciones atentamente, con una ligera sonrisa de satisfacción en los labios. Movía sus prismáticos de una parte a otra, con gestos rápidos y precisos, intentando no perderse ni uno solo de los detalles que podían interesarle. De una forma casi milagrosa, sus muñecas esquivaban el cigarrillo encendido que llevaba prendido entre los labios.

Me sentía un poco estúpido «radiando» la carrera a una persona que estaba de espaldas a la pista, la gente nos miraba con extrañeza.

—«Scarface» sigue en cabeza del pelotón. Todavía le lleva un par de cuerpos de ventaja al número seis. «Shining» se ha puesto a su altura. Entran en la curva. Van los dos codo a codo. Detrás viene el número cinco y «*Black Jack*», un poco retrasado. La cabeza del pelotón está saliendo de la curva. Sigue «Scarface» en primera posición. Jacques Ponty gira la cabeza para ver a sus seguidores. «Shining» ha adelantado al número seis. Está ahora directamente detrás de «Scarface». También «*Black Jack*» está adelantando posiciones. Ahora van en este orden: «Scarface», «Shining», el número seis y «*Black Jack*».

Jacques Ponty vigilaba frecuentemente a sus seguidores, y aunque corría con la fusta en la mano, todavía no había tocado ni una sola vez las ancas de «Scarface». El blanco animal, parecía tener alas y no necesitar de los «requerimientos» de su *jockey*.

Todos los caballos enfilaban ya la segunda recta; las posiciones se mantenían iguales a como habían salido de la curva.

—«*Black Jack*» acaba de colocarse a la altura del número seis, pero por la banda exterior. Están luchando por ver cuál de los dos entrará en la curva en primer lugar.

—¿Qué distancia les lleva «Scarface»?

—Cuatro cuerpos, quizá cinco.

«Scarface» entró en la curva. Lo hizo como una de aquellas motos de carreras: pegado a los palos, y con zancadas cortas y rápidas.

Fredy estaba masticando su cigarrillo nerviosamente.

—¿Qué sucede en los palcos? —pregunté yo, cansado de mi papel de locutor.

—Nada. Todos siguen atentamente la carrera: Reynolds preocupado, Ricobenne a punto de sufrir un infarto, Simpson sonriente, y
O'Hara
tapándose los ojos con las manos.

Los caballos habían salido de la segunda curva y galopaban por la recta hacia la tercera. Ya habíamos rasado la mitad de la carrera. Desde el pelotón trasero, un caballo, luchaba por remontar posiciones y acercarse a la cabeza.

—¿Qué número lleva ese caballo? —me preguntó Fredy.

—Es el… creo que es el dos.

Sin dejar de mirar a los palcos, Fredy murmuró entre dientes:

—Es «Aprendiz», un caballo de Weimbaugh. No tiene nada que hacer, pero su *jockey* querrá probarlo. Una simple maniobra de distracción, para que el público se emocione un poco más.

Los caballos se disponían a entrar en la tercera curva, la última.

—Cuéntame cómo lo hacen —dijo Fredy—. Éste es el punto decisivo de la carrera. De la forma en que entren dependerá la salida que hagan. Hay que situarse bien al abandonar la curva, para poder dar el último tirón, el último esfuerzo que permita llegar a la meta desahogadamente…

Le conté cómo estaban en la curva, y cómo salían:

—El primero «Scarface». Tras él viene «Shining», aunque creo que ha perdido un poco de terreno. Ahora debe ir a tres cuerpos. Detrás «*Black Jack*» que también se ha rezagado, debe de estar a unos siete cuerpos de «Scarface». Y tras él todos los demás.

—Sí, están intentando el último truco, la única posibilidad que tienen de derrotar al caballo de Reynolds. Con esas distancias y contando con que «*Black Jack*» no es un caballo veloz, sólo pueden intentar eso.

—¿El qué? —pregunté yo.

—Todos los caballos están «ralentizando» sus galopes para no

adelantar a «*Black Jack*», que va en tercera posición. Ahora dime tú… ¿Qué posibilidad tiene de entrar en cabeza?

—Con los dos caballos que van por delante, ninguna.

—¿Seguro? ¿Qué sucedería si los *jockeys* de «Scarface» y «Shining» se enfrascasen en una pelea y fueran descalificados? ¡Atento a lo que va a pasar!

Fredy tenía razón. Era un elemento que yo no había tenido en consideración. Los siete caballos que no estaban participando en la «jugada» de Simpson, seguían perdiendo terreno con respecto a «*Black Jack*», el que «debía» de ganar. Ahora todo dependería de «Shining»; tenía que hacer el juego sucio, lograr la descalificación de ambos, y dejar que «*Black Jack*» entrase ganador… en tercer lugar.

Un sudor frío comenzó a recorrerme la frente. Más que rabia por la trampa que tendían a mis clientes, sentía auténtica furia por la forma en que me iban a arrebatar los ahorros. El *jockey* de «Shining» lo fustigaba sin piedad, intentando que el animal alcanzase a «Scarface». Si no conseguía reducir la distancia y ponerse a su altura, no tendría posibilidad de realizar ninguna maniobra que les descalificase a ambos.

Jacques Ponty se volvió para ver la situación de sus perseguidores: el único enemigo era «Shining» que estaba recuperando distancia.

Sólo un cuerpo separaba a ambos caballos.

Por primera vez en toda la carrera, el *jockey* francés utilizó la fusta sobre su caballo. Fue como propinarle una descarga eléctrica; «Scarface» dio un fuerte tirón hacia adelante, sus zancadas se hicieron largas y rápidas.

El *jockey* de «Shining» se convirtió en un carnicero; lo golpeaba con la fusta como una máquina. Golpes secos, fuertes y rítmicos llovían sobre la grupa del caballo… Parecía que no le importaba otra cosa que llegar primero a la meta, y que no le impresionaba el hecho de conseguirlo montando un amasijo de músculos sanguinolentos y moribundos.

La carrera había quedado reducida a ellos dos. El público estaba convencido de que uno de ambos entraría ganador, No se daban cuenta de que, en aquel duelo singular, lo que se decidía era si «*Black Jack*» iba o no a ganar el Gran Derby. Por más esfuerzos que

hacía «Shining» no conseguía atrapar a su rival que se acercaba a la meta a toda velocidad.

Fredy seguía observando atentamente los palcos. Yo no comprendía cómo podía olvidarse de lo que estaba sucediendo en la pista.

Faltaban doscientos metros para la meta, Jacques Ponty había seguido usando la fusta lentamente, de una forma progresiva. Era un experto y sabía que no se puede obligar a un caballo a acelerar como si de un coche se tratase. Hay que «ayudarle» a ir incrementando el ritmo.

«Scarface» y «Shining»: ¡Dos cuerpos y medio de ventaja!

¡Solamente dos cuerpos y ciento cincuenta metros hasta la meta!

¡Cuerpo y medio! ¡Cien metros!

El público gritaba enfebrecido. Un rugido largo e interminable que se transformó en un chillido histérico.

¡«Scarface» había tropezado y rodaba sobre la hierba de la pista!

CAPÍTULO IX

Casi sin darme cuenta, acababa de matar a un caballo, pero no pensaba que Thelma se diera por satisfecha con aquello. Tendría que seguir pensando.

«Scarface» había caído. Sus patas delanteras se habían negado a seguir manteniendo aquel furioso galopar y habían fallado. Jacques Ponty rodaba sobre la pista como un pelele desmadejado tras haber salido disparado sobre la cabeza del animal.

«Shining» iba demasiado cerca de «Scarface». Su *jockey* intentó evitar el encontronazo. Sus manos tiraron furiosamente de las riendas, intentando frenar en seco el galope del caballo. No lo logró. Las patas delanteras de «Shining» tropezaron con el cuerpo de «Scarface» que se debatía en el suelo, lanzando desesperadas patadas al aire. Más caballos tropezaron con ellos: el seis, el cinco, el dos…

Únicamente «*Black Jack*» había conseguido sortear el enjambre de patas y pezuñas, y se dirigía en solitario, sin enemigos, hacia la meta.

—¡No puede ser, maldita sea, no puede ser! —grité fuera de mí al ver cómo sé perdían en el aire todos mis ahorros.

Fredy había abandonado el examen de los palcos y sus prismáticos se dirigían ahora hacia la pista.

—¡Increíble!, ¡increíble! —murmuraba—. ¿Tendré que pensar que nadie puede derrotar a Simpson?

No me importaba nada los cambios que el periodista tuviera que hacer en su forma de pensar. Lo único que deseaba en aquel momento era vengarme de Simpson.

La gente, a nuestro alrededor, formaba remolinos excitados hablando de lo que acababan de presenciar. Nadie hablaba con

normalidad. Sólo se escuchaban gritos histéricos, chillidos fuera de tono, voces airadas, gargantas nerviosas…

—Vamos hacia la enfermería… —dijo Fredy tomándome por la manga.

Había encajado la pérdida de sus dólares, con mucha mayor deportividad que yo.

—Te quedaste sin ruedas nuevas… —le dije.

—No. Me he quedado sin cien dólares. Las ruedas nuevas tendré que pagarlas de todas formas, si quiero seguir utilizando el coche.

Todo el público miraba el césped; un par de caballos galopaban sin jinete por la pista mientras los mozos intentaban acercarse a ellos y tomarles por las riendas. Las ambulancias corrían hacia el punto donde yacían los *jockeys* que se habían visto descabalgados en la caída.

Jacques Ponty, cojeando, se había incorporado, y estaba apoyado en la valla, esperando que alguien viniera a recogerle. El jinete de «Shining» seguía sobre el suelo, retorciéndose sobre el césped, mientras se sujetaba con gesto dolorido la rodilla izquierda. Otro *jockey* yacía unto a «Scarface», sin moverse.

El caballo de Reynolds, la gran «Esperanza Blanca» que tenía que haber derrotado a Simpson, permanecía inmóvil en el suelo.

Nos dirigimos a toda velocidad hacia la enfermería, luchando por avanzar entre el nervioso e inquieto gentío que nos rodeaba. La jornada había terminado, pero nadie abandonaba el hipódromo. Todos permanecían intentando averiguar las últimas noticias, el estado de tal *jockey*…

Los aficionados se arremolinaban ante la puerta de la enfermería esperando escuchar el parte del doctor. Un par de policías, ayudados por personal del hipódromo, impedían la entrada a los curiosos.

—Prensa… —dijo Fredy, para que nos franquearan el paso.

El policía no pareció muy dispuesto a dejarse impresionar por la palabra mágica, pero un gesto de asentimiento de uno de los trabajadores del hipódromo, pareció convencerle.

Marchamos directamente hacia la sala de operaciónˆ…

Jacques Ponty yacía sobre la mesa.

Fredy interrogó al doctor con la mirada.

—No es nada serio, Fredy… ¡Sólo magulladuras y contusiones,

pero nada roto! Los otros dos han salido peor: Micky tiene rotura de fémur y de rótula, y Howard está sin conocimiento, aunque no tiene fracturas.

Fredy me hizo una seña para que me dirigiera hacia el *jockey*, y hablase con él, mientras entretenía al doctor.

Me dirigí hacia él, que me miró hosco y desconfiado.

—Trabajo para Reynolds… —le dije—. Soy detective…

Aquello pareció tranquilizarle. Comenzó a expresarse en inglés, con dificultad.

—No… No me lo explico… De pronto… se… se derrumbó.

Eso ya lo había visto yo.

Aquel pobre hombre estaba hecho un guiñapo, con la ropa destrozada, y la cara convertida en una colección de moraduras que tardarían bastante tiempo en desaparecer. Seguramente estaba aún atontado.

—¿Observó alguna cosa extraña en el caballo durante la carrera? Algo… inhabitual, que le llamase la atención…

—No. El animal se comportó maravillosamente. Antes de comenzar estaba un poco nervioso, pero cuando nos situamos en los boxes se calmó. Durante toda la carrera corrió perfectamente, sin un cambio de ritmo, sin necesidad de que le corrigiera el galope con la fusta… no hizo nada hasta aquel momento, hasta que se derrumbó.

—¿Pudo ser que le fallara una de las patas? —pregunté.

—Sí, podría ser eso, pero lo dudo. Cuando un caballo sufre un traspié y cae, lucha por levantarse. Y «Scarface» no hizo eso, se quedó en el suelo, dando coces al aire… ¡Quizá se dio un golpe en la cabeza al caer!

«Quizás», «podría ser», «a lo mejor…». Ésas eran las palabras que pronunciaba el *jockey*, un hombre acostumbrado a interpretar a los caballos con un simple vistazo.

Estaba claro que no podía explicarme lo que había sucedido. Ni él, ni nadie. Sólo había una cosa cierta: Simpson había vuelto a vencer.

¡Adiós, «Scarface»!

Agradecí al *jockey* sus pobres informaciones, y me dirigí hacia Fredy. Cuando me vio llegar, se despidió del doctor y vino a mi encuentro.

—¿Algo interesante? He visto que se animaba a charlar…

—No sabe lo que ha podido ocurrir. No se lo explica.

—Voy a largarme al periódico. Quiero que todo esto salga en la primera edición de la noche. Pero si yo fuera detective, me acercaría al veterinario… Tiene la obligación de hacer una autopsia del animal… ¡Y puede ser que no le dejen trabajar a gusto! Sería muy interesante que hubiera un «testigo incómodo» mientras realiza su labor.

Estábamos en la puerta de la enfermería, intentando abrimos paso entre la multitud de curiosos que aguardaban noticias en el exterior.

De repente, me encontré cara a cara con Reynolds, que luchaba por abrirse paso hasta el interior. Estaba pálido y sus ojos parecían a punto de romper a llorar. En vez de arruinar a Simpson, había perdido un montón de dólares.

Seguro que sus socios no estaban mucho mejor. Me los imaginaba con las típicas frases de: «Si tú no hubieras empezado…», «Todo fue idea tuya», «No sé porque te hice caso», «¡Me liaste!». Y todos esos reproches que se lanzan al aire cuando las cosas van mal.

—Salgo de ahí —le dije para demostrarle que el caso estaba en buenas manos. El francés no sabe nada. Le avisaré si descubro algo.

Asintió con la cabeza, sin añadir nada más. Estaba muy claro que necesitaba un poco más de tiempo para digerir su derrota. El «golpe económico» que había recibido debía de haber sido fuerte.

Saludó también a Fredy y se introdujo en la enfermería.

El periodista me condujo hacia el laboratorio del veterinario. Y me presentó como un colaborador suyo, que iba a permanecer allí, mientras él se marchaba al periódico.

—Dile todo lo que averigües, sin callarte nada —le dijo al veterinario a modo de despedida.

Luego se volvió hacia mí, y me tendió un paquete de tabaco, con un número apuntado.

—Éste es mi teléfono directo. En cuanto que averigües algo, llámame.

Y después me dejó solo.

No me gustaba aquel lugar, ni el veterinario. El hombrecillo parecía incapaz de lograr descubrir cuántas patas tenía un caballo de carreras. Su aspecto era más propio de un oficinista, que de un hombre que se hallaba metido en el centro de un negocio mañoso.

—¿Desea ver cómo hago la autopsia? —me preguntó amablemente.

Denegué la oferta. No me apetecía tener que contemplar las vísceras de «Scarface», así que le dije que esperaría fuera.

Sólo se me ocurrió una forma de luchar contra aquel pestilente hedor a productos químicos que inundaba todo el despacho, y esa forma era fumar.

Fredy había hecho bien en regalarme aquel paquete de tabaco. Durante un par de horas, procuré mantener mis narices dentro de una nube de humo.

Cuando reapareció el veterinario, yo casi estaba mateado. Como cuando fumé el primer cigarrillo, a los once años.

—Cocaína —dijo tranquilamente—. Se suele utilizar para estimular a los caballos, y lograr que hagan mejores tiempos. Pero con la dosis que le dieron a este animal, se podría hacer volar a un elefante.

—¿Quiénes son los encargados de administrarlas? —pregunté.

—Normalmente lo hacen los preparadores. Son los que mejor conocen el estado físico del animal.

Le di las gracias, me puse el sombrero y salí corriendo hacia las cuadras de Reynolds.

¡Ya había conseguido sujetar un cabo de la cuerda que me permitiría desenmadejar aquel ovillo!

Sentí en mi interior que había llegado el momento de darle trabajo a mis puños. ¡Y tenía ganas, muchas ganas!

CAPÍTULO X

La larga espera en el despacho del veterinario había servido para vaciar de público el hipódromo. Había anochecido y sólo permanecían todavía allí el personal de limpieza y algunos trabajadores de las caballerizas.

Mientras avanzaba podía ver las luces de las cuadras. Sólo un par de ellas permanecían iluminadas: las de Reynolds y Simpson.

Pero mi interés estaba ahora centrado en la primera.

Corrí protegido por las sombras, mientras me lamentaba por haberme dejado la pistola en casa.

Cuando me coloqué junto a la entrada, mi respiración era muy agitada. Me detuve unos instantes, para tranquilizarme y para averiguar la situación que me aguardaba en el interior.

¡Indy! Acuérdate de matar a alguien…

No se oían voces, lo que significaba que no había nadie, o, en todo caso, un solo ocupante.

Y más parecía ser esto último, a juzgar por los ruidos que llegaban hasta mis oídos; no se trataba de los habituales relinchos de los caballos, ni de sus golpes de pezuñas. Allí adentro, había una persona que se movía por la habitación con gestos rápidos y sonoros.

Me temí que Simpson hubiera llevado a cabo su venganza y como no sabía la sorpresa que podía esperarme dentro, tomé mis precauciones: abrí la puerta con todo cuidado, procurando no hacer ningún ruido, me introduje en las cuadras, y dejé la puerta entornada, por miedo a que el ocupante del cuarto del fondo oyera cómo cerraba el pestillo.

Uno de los caballos relinchó ligeramente. Aguardé unos instantes, hasta comprobar que aquel ruido no había alertado a

nadie.

Aprovechando que el suelo estaba lleno de paja, avancé sin hacer ruido y a oscuras, hacia el cuarto posterior, de donde salía la luz.

Me detuve unos segundos para intentar oír lo que sucedía en el interior. Y, al no conseguir distinguir los ruidos, me asomé.

Indy, si no puedes matar a nadie… ¡Pon, al menos, una buena pelea!

Por la rendija de la puerta no podía ver más que un rincón de la habitación. La persona que se movía en el interior, quedaba fuera del ángulo de mi vista.

Únicamente alcanzaba a ver una maleta abierta situada sobre una mesa, y unas manos que, sin cesar, iban depositando diversas prendas de vestir en su interior.

En uno de los viajes, pude vislumbrar el pantalón a rayas que llevaba puesto la persona que ultimaba su equipaje.

¡Era el preparador! El hombre que nos había saludado al acercarnos a las cuadras. ¡Había conseguido llegar justo a tiempo!

¡AHORA, LA PELEA!

Salí de mi escondrijo y abrí la puerta suavemente, procurando no alertarte.

El preparador se disponía a guardar una camisa blanca dentro de la maleta. Se giró en redondo, asustado, al oír mi voz.

—Has cumplido tu maldita tarea y te marchas a casa…

Se volvió hacia mí con las manos temblorosas y el rostro pálido y desencajado.

—Pero… ¿Qué dice? ¿Quién es usted?

No me encontraba con ganas de contestar a ninguna pregunta. Ni siquiera de hablar. Sólo tenía deseos de dar tantos puñetazos como dólares faltaban en mi cuenta corriente.

Le cogí por el pañuelo que llevaba al cuello y lo atraje bruscamente hacia mí. Creo que la gente de Hollywood llaman a eso un «*travelling* a primer plano».

Visto de cerca, el preparador era bastante pálido. O era presa de una anemia galopante.

He de reconocer que aquello parecía el preludio de un combate de Peso Pesado contra Peso Mosca. Aquel tipo parecía con ganas de charlar.

Yo no.

Con la mano abierta, le propiné una bofetada de las que se recuerdan durante mucho tiempo. Quería que se fuera haciendo una idea de lo que le esperaba en cuanto que yo decidiera cerrar los puños.

—¿Quién es usted? —repitió mientras volaba por los aires—. ¿Le manda Reynolds?

Como no tenía ganas de hablar, le contesté con el puño cerrado.

El preparador repitió su pirueta aérea, yendo a estrellarse contra la pared del fondo.

La maleta también había volado desparramando su contenido por el suelo.

Mi pie aplastó algo de cristal, que se rompió con un pequeño estampido.

Era una jeringuilla hipodérmica. Lo descubrí porque, aunque arrugada, la aguja todavía estaba bajo mi la suela de mis zapatos.

Cada vez necesitaba menos que aquel tipo contestara a mis preguntas. Me bastaba con desahogarme, sin prisa por sacarle información.

—Pero… ¿Quién es usted? —gritó histéricamente desde el suelo, intentando taparse torpemente el rostro ante el aluvión de golpes que se imaginaba que le iba a llover encima.

Le solté un nuevo puñetazo, mientras le decía:

—Las preguntas las hago yo… ¿Cómo supo Simpson que «Scarface» era un «tapado»?

—Y yo que sé… —me contestó animado al ver que yo me dedicaba a darle a la lengua en lugar de a los puños.

—Escucha, amigo… Antes de que los animales salieran al paddock, «Scarface» ya llevaba su dosis mortal de cocaína dentro del cuerpo. Y eso es debido a que alguien había avisado a Simpson de que el animal que iba a correr no era el que todos esperaban. No se hubiera tomado tantas molestias por el viejo «Scarface».

—Oiga… yo estoy tan apenado como usted… —intentó convencerme.

—Claro. Por eso estabas haciendo la maleta, para abandonar New York y recluirte en un convento, asqueado de todo. ¿No es así?

No contestó. De forma que no tuve más remedio que continuar mis reflexiones en voz alta.

—Sólo tú pudiste poner a Simpson de sobre aviso. Y, lo que es más grave, sólo tú pudiste inyectar la droga al caballo. Cualquier otro que se hubiera acercado a «Scarface» armado con una jeringuilla hipodérmica, hubiera levantado sospechas, pero tú…

—Yo le explicaré lo que sucedió… El señor Reynolds dijo que quería asegurarse de la fuerza del animal, que sería interesante «estimularlo» de alguna forma… ¡Debí de calcular mal la dosis! Ese caballo era tan brioso, tan joven, que pensé que la dosis normal no le haría ningún efecto y…

El preparador había comenzado a «cantar». Eso es el primer paso para que un delincuente se desmorone y termine por confesarlo todo. Pero yo tenía prisa. Ya sabía que él era quien había administrado la inyección, pero lo que deseaba escuchar era que lo había hecho obedeciendo órdenes de Simpson, y no de Reynolds.

—¿Cuánto te ha pagado Simpson? —pregunté a boca jarro.

—Le juro que… le juro que no he cobrado ni un centavo de él.

Aquel tipo empezaba a confiarse demasiado en que ya había sonado la campana del final del primer asalto.

Lo levanté del suelo de un gancho en el mentón, y antes de que sus pies volvieran a reposar en las baldosas, le encajé un «un-dos» en el estómago.

—¿Cuánto te ha pagado Simpson? —volví a repetir lentamente, con voz suave, dándole a entender que mi paciencia se estaba agotando.

—Tal vez el señor Simpson pueda darle la cifra exacta.

El preparador no había abierto la boca. O era un ventrílocuo excelente, o había alguien a mis espaldas, intentando meter baza en nuestra conversación.

Me giré imaginándome lo peor. Y acerté.

Dos pistolas me estaban apuntando. Y soy lo suficientemente grande, para ser un blanco fácil, por poca puntería que tenga mi enemigo.

Detrás de las dos pistolas, se hallaban dos de los gorilas de Simpson, dos de aquellos tipos que parecían recién salidos del laboratorio del doctor Frankenstein.

No dijeron nada más. Uno de ellos se limitó a señalar el exterior de las cuadras con su dedo pulgar y comprendí que deseaban que

les acompañase en un paseo.

Obedecí como un párvulo a su maestro.

—Adiós, Ricky —oí que le decía uno de los «monstruos» al preparador de Reynolds, ¡perdón!, de Simpson—. Al jefe le gustará saber que has sabido tener la boca cerrada.

—Dile a Simpson que me demuestre su agradecimiento en forma de dólares enviados a mi nombre en lista de correos de Miami.

Estaba claro que a aquel tipo no le importaba divulgar sus secretos delante mío… ¡Que aquel tipo ya me daba por muerto!

Después de este final de capítulo, estaba muy claro que tendría que haber algún muerto, un poco de tiroteo… ¡Justo lo que pedía Thelma!

CAPÍTULO XI

¡Vamos ya para el final! Sólo un par de capítulos y…

Se puede escribir toda una enciclopedia sobre lo que se siente cuando dos pistolas apuntan a nuestra nuca.

Pero a mí sólo se me ocurría una idea telegráfica: ME HABÍA METIDO EN UN BUEN LIO. Y no conseguía que mi cerebro hiciera otra cosa que repetir aquella vulgar frase.

Llegar al final parecía que me estaba animando. ¡Hasta recuperaba mi vieja escritura con «gotitas de humor»!

No puedo decir que el viaje en coche fuera un paseo agradable.

Fuimos por la carretera que bordea el East River. Un sitio por el que siempre me había gustado pasear, pero que aquel día me resultaba lóbrego y sobrecogedor. El sonido de las sirenas de los barcos que se disponían a zarpar, resonaba en mi cerebro como las «campanas a muerto» de la iglesia de mi pueblo.

Uno de los dos gorilas, el más silencioso, iba al volante. El otro se había situado en el asiento trasero, junto a mí, y se empeñaba en palparme los riñones con el cañón de su pistola.

Era el hablador.

—¿Dónde me lleváis? —pregunté.

—Ya lo verás.

—¿Falta mucho?

—Ya lo verás.

—¿Qué me vais a hacer?

—Ya lo verás.

En el fondo de mi cerebro, aquella conversación me estaba dando ánimo: uno de mis «asesinos» pensaba que yo tenía futuro, un futuro en el que debía de ver un montón de cosas.

¡Bravo, Indy! Esto va tomando color de nuevo.

Eso significaba mucho para mí en aquel momento. Y era más de lo que yo esperaba cuando habíamos abandonado el hipódromo.

Cruzamos uno de los puentes y nos introdujimos en Queens, un barrio lleno de suntuosas mansiones compradas por nuevos ricos. Algo me decía que íbamos a casa de Simpson. Pero lo que me preocupaba era el no saber para qué.

Yo era una molestia para el «gran mafioso». ¿Por qué no deshacerse de mí en aquel punto y tirar mi cadáver al río? ¿Para qué deseaba verme? No se lo quise preguntar a los gorilas. Sabía que me iban a contestar:

—Ya lo verás.

Por fin llegamos ante una casa, y el coche comenzó a detener su marcha, me sorprendió no ver a nadie armado por el jardín. Aquello no debía de ser la casa de Simpson. Se trataba de alguna mansión alquilada para sus negocios, o de la vivienda de alguno de sus amigos.

Me hicieron bajar del coche, por el rudo procedimiento de clavar, aún más, la pistola en mis riñones.

Avanzamos por un cuidado camino de piedra entre el césped. La casa era de dos pisos, y toda la planta baja estaba iluminada.

Uno de mis dos «gorilas» abrió la puerta con su propia llave, y me invitó a entrar. No creía que hubieran elegido aquella casa como panteón para enterrarme. Parecía que mi vida iba a durar unos minutos más.

Me condujeron, a empujones, hacia el salón.

La casa estaba decorada con buen gusto, pero parecía vacía de vida. Las paredes estaban empapeladas, los muebles eran nuevos, y las figuritas, ceniceros y demás elementos de la casa eran de clase, pero baratos. Tenía todo el aspecto de una vivienda de alquiler en la que no era prudente ni convenía dejar cosas de valor que tentasen a los inquilinos cuando la abandonasen.

El «Comité de Recepción» estaba formado por una sola persona: Connie Simpson. Me sonrió con franqueza cuando me vio entrar en el salón.

Me sonrió, pero no dejó de apuntarme con su pistola.

—Bien venido, detective.

—Lo dudo —repliqué yo.

Simpson siguió sonriendo, se volvió hacia los gorilas y les dijo:

—Podéis iros, muchachos. Yo me encargo de él.

Aquello sonó a epitafio. Connie Simpson intentó arreglarlo volviendo a sonreírme mientras decía:

—Me alegra tenerle entre nosotros. Ha seguido usted todas las pistas, todos los cabos sueltos. Y ahora acaba de llegar a la meta.

—Me hubiera gustado alcanzarla como vencedor.

—No se puede obtener todo en esta vida…

No me gustan las conversaciones vacías. Aquello no sabía a dónde me iba a llevar, pero mientras intercambiamos frases de cortesía, yo tenía que esforzarme en encontrar una vía de escape.

Las vías físicas eran imposibles, mientras aquella pistola no dejara de apuntarme. Tenía que encontrar un truco mental, una trampa, que me permitiera seguir ganando tiempo, hasta que se presentara una oportunidad de hacerme con la pistola. O, por lo menos, de arrebatársela a Connie.

Y sólo había un camino.

—Celebre su victoria, ahora que puede —le dije a Simpson—. Mañana el señor Reynolds presentará una denuncia contra usted y contra el preparador de su caballo.

Simpson se rió en mis narices.

—Lo dudo mucho. Ni siquiera sabe por qué ha fallecido su animal.

—Yo se lo dije al salir del laboratorio del veterinario.

—Allí no hay teléfono… —me aclaró Simpson.

—Se lo dije al salir de la enfermería, después de que el *jockey* me comunicara sus sospechas…

Simpson volvió a reírse de mí. ¿Estaría descubriendo que yo era un cómico excepcional?

—No. Usted no habló con Reynolds al salir de la enfermería, ni el *jockey* se imaginaba lo que había ocurrido.

—¿Qué le hace pensar que no hablé con Reynolds?

—Lo sé.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

Otra vez algún maldito ventrílocuo me gastó una mala pasada.

La voz que me respondió surgió tras la cortina, y era tremendamente parecida a la de Fredy Massler, mi amigo Fredy.

La cortina se descorrió y apareció el periodista.

Hubiera creído que venía a salvarme de no ser porque también

Fredy llevaba una pistola. Una pistola que me apuntaba a mí.

—¡Fredy! —exclamé sorprendido.

Me sonrió. Todo el mundo me estaba sonriendo desde que había entrado en aquella casa. Y, sin embargo, nunca me había sentido tan desgraciado.

—Hola, viejo amigo. ¿Qué te ha contado el veterinario? ¿Has llamado al periódico para decírmelo?

—Me parece que sabes muy bien lo que ha dicho el veterinario.

Simpson y Fredy se rieron a dúo, como dos hermanos. Pero se reían de mí, y contra mí.

Fredy torció el rostro antes de hablar:

—Lo siento, viejo. Esta vez has ido demasiado lejos.

No hacía falta que me explicaran nada. Sabía perfectamente que, yendo junto a Fredy, había sido yo quien le había ido facilitando toda la información que necesitaba.

Yo le había dicho la jugada que preparaban Reynolds y sus socios.

También le había explicado el nombre del caballo, la sustitución de un «Scarface» por otro, la imposibilidad de sobornar al *jockey*…

¡Se lo había puesto todo en bandeja!

—Sólo una pregunta, Fredy… ¿A quién mirabas con los prismáticos durante la carrera?

Volvió a reírse.

—A Reynolds, por supuesto. Me hubiera gustado que pudieras ver su cara. ¡Cuando vio a «Scarface» rodar por los suelos, se quedó con la boca abierta, como un imbécil! No sólo no conseguía arruinar a su enemigo, sino que era él quien se iba a encontrar con problemas financieros.

Desde que Fredy había entrado en escena, Simpson permanecía silencioso, dejándole hablar.

—Entonces… todo ese odio que decías hacia Simpson…

—Teatro, puro teatro… En realidad Connie y yo nos llevamos muy bien. ¡Como hermanos!

—Y… ¿Por qué haces esa pantomima de atacarlo desde las páginas del Daily?

—Un simple truco. Tengo fama de ser el peor enemigo de Connie. Así que cada vez que alguien prepara algo contra él… ¿A quién pueden «consultar» mejor que a mí? Eso me ha permitido

desbaratar muchas «jugarretas». Esta vez hubiera sido diferente. Reynolds debía de sospechar algo, porque no me contó nada. Afortunadamente, tú viniste en mi busca, para que te «pusiera al día» sobre las carreras de caballos. De no haber sido por ti… ¡Nos podían haber dado un buen golpe, un golpe mortal!

—El veterinario hará públicos sus análisis y… —dije yo.

—¿Ése? ¡Pobre hombre! Tiene un sueldo de miseria. Si no fuera por las propinas que le damos, se moriría de hambre. A estas horas, ya debe de haber incinerado el cadáver de «Scarface». ¿No sabe que tenía «peste equina» [9]? —dijo con ironía—. ¡Eso es lo que le causó la muerte! En Canadá no son tan cuidadosos con las enfermedades de los caballos. Ahora, al quemar el cadáver, está impidiendo que una grave epidemia caiga sobre las cuadras de New York. ¡Un hombre muy concienzudo, muy buen profesional, al que todos los propietarios de cuadras deberían estar agradecidos!

—Reynolds tenía razón. Lo controlas todo, absolutamente todo —le dije a Simpson—. Hasta tu propia oposición.

Fredy comenzó a reír.

—Te equivocas viejo. Te imaginaba más astuto. No es Connie el amo de las carreras de caballos. ¡Soy yo! El es, eso que llaman, un «hombre de paja».

Aquello no le gustó a Simpson. Lo vi en su mirada. Fredy no se dio cuenta porque estaba observándome a mí.

Connie Simpson, se volvió hacia el periodista.

Y su pistola también.

—Sólo hasta hoy Fredy, sólo hasta hoy.

—No digas tonterías… —replicó Fredy, sin mirarle—. Te pago un buen sueldo…

—Al igual que tu amigo detective, tú también has llegado demasiado lejos.

Simpson no esperó a oír la respuesta de Fredy. Quizás no la habría habido. Nunca lo sabremos. Su dedo índice se curvó sobre el gatillo.

Fue un disparo seco, y Fredy se llevó las manos al pecho, mientras su pistola rodaba por los suelos.

¡AL FIN, EL MUERTO!

Era mi oportunidad, y supe jugar mis cartas.

Siempre he defendido que un detective tiene que ser grueso: en

los cuerpo a cuerpo, el volumen tiene mucha importancia.

Connie Simpson, lo comprobó cuando le golpeé con el hombro en el estómago. Aquel segundo en que su pistola no me apuntaba, y la de Fredy caía hacia el suelo, fue suficiente para permitirme tomar la iniciativa.

No le di muchas oportunidades de medir sus fuerzas conmigo. Nada más rodar por el suelo, me senté sobre su pecho inmovilizándolo.

¿Lo ven? Otra ventaja de ser grueso.

Después comencé a darle puñetazos. Y le di muchos: los «suyos», y los que le correspondían a Fredy y que ya nunca podría devolverle.

Mientras le golpeaba, vino a mi memoria un viejo recuerdo de la infancia, cuando mi madre me daba aquellas deliciosas papillas que preparaba para mí, y que yo me resistía a tomar. Me acordé al darme cuenta de lo que iba mascullando, en voz baja, mientras le golpeaba.

—Éste por los dólares que he perdido. Éste por haberos reído de mí. Éste por «Scarface». Éste por…

No los canté, pero fueron muchos.

Cuando terminé, Connie Simpson, seguía vivo, pero parecía tan muerto como Fredy.

Descolgué el teléfono y llamé a la policía.

¿Qué haríamos sin ellos? Son tremendamente eficaces, cuando se les explica detalladamente lo que tienen que hacer.

Y yo les dije: lo que había sucedido, en qué calle estaba, en qué número de la calle se hallaba la casa, y en qué habitación estábamos los «fiambres» y yo.

El teniente O'Realy tomó nota de todo lo que yo le iba explicando y, solamente una hora después, entre el tremendo aullido de sus sirenas, cuatro coches de policía, llegaron hasta mí.

Sólo tuve que explicarles dos veces más lo que había sucedido, y lo comprendieron a la perfección. ¿Verdad que son maravillosos?

Esto podría ser el final, pero… no tiene color. Creo que debería de «redondear» más la historia. ¡Además, me faltan todavía media docena de folios…!

Fuera, comenzaba a amanecer.

CAPÍTULO XII

Sólo me faltaba cerrar algunos cabos sueltos y… ¡A por Thelma!

Al día siguiente el jefe me ordenó ir a visitar al Sr. Reynolds. Él no se atrevía a enfrentarse con nuestro cliente, y decirle que había sido yo, quien le había dado toda la información a Simpson.

Una vez en casa de Reynolds, me condujeron al despacho y me hicieron esperar.

La puerta no había quedado lo suficientemente bien cerrada, y se oía la voz del dueño de la casa, hablando o, más bien, gritando, por teléfono.

—Yo me ocupo de todo… ¡no te preocupes! —decía en la distancia.

El repiqueteo del teléfono del despacho, me dio a entender que Reynolds estaba realizando una nueva llamada, desde otro aparato, derivación del que yo tenía delante mío.

Sentía unas ganas irrefrenables de descolgar y ver si estaba hablando de mí con sus socios.

Pero conseguí aguantarme; mi situación no mejoraría en nada por enterarme anticipadamente de la bronca que me iba a propinar. Y si, por otra parte, se daba cuenta de que le estaba escuchando…

Tardó más de media hora en entrar.

Lo hizo grave y circunspecto. Cuando me iba a levantar de la silla me indicó con la mano que permaneciera sentado. Le obedecí.

—Bien. ¿Qué desea ahora? —me preguntó.

Mi jefe había sido tremendamente claro: «Pídele disculpas y cóbrale. ¡Sobre todo cóbrale!». Yo no me atrevía a ser tan directo.

—Deseaba informarle de las gestiones que realicé, del resultado de las mismas…

—No hacía falta que se molestara en venir solo por eso —me

replicó secamente—. Todos hemos podido leer lo ocurrido en los periódicos.

Era cierto. El teniente O'Realy tiene tan poca discreción como velocidad para acudir donde se le necesita.

—Mi jefe me ha encargado… —comencé a decir. Me detuvo con otro nuevo gesto de la mano.

—Sí. Conozco a su jefe para saber que estará tremendamente preocupado por saber cuál es la opinión de mis socios y mía sobre… el pago de sus servicios. ¿No es eso?

Respiré aliviado. No sé si cobraríamos o no, pero no me apetecía nada tener que regatear con una persona como Reynolds y convencerle de que nos abonase la factura.

—Cobrarán, cobrarán ustedes. Pero les vamos a hacer una rebaja del cincuenta por ciento. ¿Está conforme?

¿Cómo no iba a estarlo? Era más de lo que consideraba que me merecía por mi estupidez.

—Hemos estado estudiando la situación. Por una parte sus indiscreciones nos han hecho perder una buena suma de dinero. ¡Una muy importante suma! Y por otra, usted nos ha quitado de en medio a Connie Simpson, que fue lo que le encargamos.

Aquello comenzaba a tomar un cariz más blanco de lo que yo me esperaba, así que me atreví a decir:

—Verdaderamente fue un grave error por mi parte el acudir a Fredy Massler. Pero jamás podía imaginar que él…

—Sí, le comprendo. Fredy Massler nos engañó a todos. Era el más brillante enemigo de Simpson, y siempre estaba dispuesto a unirse a cualquier conspiración contra él. ¡Muy inteligente Fredy Massler! El cobraba los beneficios mientras otro daba la cara en su lugar.

Antes de que yo añadiera nada más, Reynolds sacó el talonario de cheques de uno de sus cajones. Y extendió uno por la mitad del importe apalabrado con la Nacional.

Después, levantó la vista y me miró.

—¿Cuánto jugaba usted a «Scarface»? —me preguntó.

—Unos dos mil dólares —mentí descaradamente—. Todo cuanto poseo. Tenía tanta fe en ustedes…

Bajó la cabeza y comenzó a rellenar un nuevo cheque.

—Éste es para usted. Nominativo —me dijo tendiéndome el nuevo cheque—. Me gustaría poder hacérselo por el importe que le hubiera correspondido si «Scarface» hubiese entrado triunfador en la meta, pero mis finanzas, al día de hoy, no me lo permiten.

Hice un gesto, no muy convincente, de rechazar el talón.

Afortunadamente, Reynolds insistió. Y yo me sentí obligado a guardarlo en mi cartera.

Final feliz para el protagonista…

Salí de la casa tremendamente reconfortado. Reynolds era todo un caballero, y no me cabía ninguna duda en pensar que, desde aquel momento, las carreras de caballos se iban a ver libres de trampas y marrulleros.

O, por lo menos, de grandes trampas y grandes marrulleros.

Decidí celebrar el éxito de mi operación, comiendo en Avgerinos, un elegante restaurante turco situado en Lexington Avenue.

Y después me dirigí, dando un reposado paseo, a entregar el cheque que le correspondía a mi jefe.

Y, una pequeña broma, como guinda del pastel.

No volví a oír hablar de Reynolds hasta un año después. Fue mi jefe quien pronunció su nombre:

—¿Te acuerdas de aquel caso que «solucionaste» hace un montón de tiempo? Aquel de las carreras de caballos con Connie Simpson, Reynolds y aquel amigo tuyo el periodista.

A pesar del tiempo transcurrido, me sonrojé.

—Sí, lo recuerdo perfectamente. ¿Ha ocurrido algo? ¿Se ha escapado Connie Simpson de la cárcel?

El jefe negó con la cabeza.

—No. No es eso. ¿Recuerdas a los socios de Reynolds: O'Hara, Ricobenne y los demás?

Los recordaba, claro que los recordaba. Durante meses había estado temiendo que el italiano lanzase a sus mafiosos tras mis pasos, por el dinero que le había hecho perder en las apuestas. ¡Claro que los recordaba!

—Han venido a verme hoy.

—¿Todos? —pregunté.

—No. Faltaba Reynolds. Los demás han venido todos. Sin faltar ni uno.

—¿Qué deseaban de nosotros?

—Según parece, desde que Connie Simpson desapareció del mapa. Paul Reynolds ha ocupado su lugar. ¡Él es ahora quien controla todos los asuntos de los caballos, y no deja ni unas migajas para sus antiguos socios…! Quieren que nosotros…

Alcé la mano, impidiendo que mi jefe siguiera hablando.

—Supongo que no estará pensando en mí para que lleve ese caso… ¡Bastante mal lo hice la primera vez, como para repetir la experiencia!

El jefe me observó con aire contrito.

—Sí que había pensado en ti…

—Busque a otro. No me gustaría tener que verme las caras con ellos de nuevo.

El jefe pareció convencido.

Yo salí del despacho muy contento.

¿Cómo querían que me pusiera a trabajar para hundir a Reynolds? Un hombre tan educado, tan elegante, tan caballero… ¡Tan generoso!

FIN

Cuando escribí la palabra FIN, salté de la silla como si alguien me hubiera puesto una bomba en el trasero. Tenía hambre, sed, ganas de ir al WC, ganas de…

¡Thelma!

Eran las seis de la mañana y todavía seguía durmiendo.

Me di una ducha rápida, preparé un café muy cargado, unas tostadas con mantequilla y mermelada amarga de naranjas, fui al dormitorio y la desperté.

Me miró, me sonrió y me besó.

Se comió una tostada.

Bebió un sorbo de café, y me dijo, sonriendo pícaramente:

—Me ducho y vuelvo ahora mismo… ¡He sudado tanto esta noche!

Yo me tumbé en la cama dispuesto a esperarla y…

¡Me quedé dormido!

FIN

NOTA: Bueno, en realidad no terminó aquí la cosa. La novela le gustó al editor de Thelma. Con el dinero ganado en una noche, nos fuimos a las Bahamas y allí…

Pero esto no tiene ninguna emoción, ningún aliciente…

Fue más bien monótono.

Nos encerramos en la habitación del hotel durante tres días e hicimos lo mismo muchas muchas veces. ¡Muchas!

Pero… ¡Para qué se lo voy a contar, si cada vez que terminan de leer una de mis novelas se creen que todo es inventado…!

Y, ahora sí:

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/